

ROMANCE INDECENTE CON SU
NUEVA MODELO

A man with dark hair and a beard, wearing a black tuxedo jacket, a white dress shirt, and a black bow tie. He is looking down and to the right with a serious expression. His right hand is raised, with fingers spread, as if gesturing. The background is a brick wall with some blurred lights.

JEFE POR SORPRESA

CARMEN GRACIA



JEFE POR SORPRESA

Romance Indecente con su Nueva Modelo



Por Carmen Gracia

© Carmen Gracia 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Carmen Gracia.

Primera Edición.

Dedicado a;
Francisco, por apoyarme siempre.
Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

CAPÍTULO I

Un sobresalto, remuevo el antifaz antiarrugas de mis ojos y miro a mi alrededor. Las persianas de mi habitación ya iluminadas por los suaves rayos de luz que penetraban, avisando que la hora ya era la justa. Mis ojos entrecerrados adormecidos y atormentados por la radiante iluminación. Tomo mi móvil y miro la hora. Son las 7:30, la misma hora de siempre.

Me levanto de la cama y voy al baño. Deslizo por mis piernas mi short de pijama de seda para poder orinar. Contemplo un poco el desorden del lugar y en mi mente vuelvo a repetirme debo limpiarlo lo antes posible, como me lo he estado repitiendo desde hace ya dos semanas y como me recordaba a mi misma todas las demás cosas que debía hacer: la lavandería, las compras, llamar a mi madre y reparar la luz de la sala.

Era mi lista mental de las cosas que tenía que hacer y olvidaba hacerlas. Revisé de nuevo mi teléfono, llevaba una lista de los eventos a los que debía asistir cada día, tarea que se supone que debería hacer mi agente, pero mi contrato con mi agencia acababa de vencerse y estaba en espera para viajar y firmar uno nuevo, así que por los momentos debía hacer el trabajo yo misma.

Bostecé un poco, había dormido bien, unas sólidas 9 horas, lo cual era casi un record Guinness en horas de descanso para mí, pero me sentía cansada. Eso es lo que sucede después de cinco sesiones de fotos y tres castings. La verdad es que el mundo del modelaje no era todo color de rosas. Tenía cuatro años en esta industria y se sentían como veinte.

Comencé a trabajar como modelo desde los dieciocho años de edad. Nací en México y en Latinoamérica, si una chica quiere ser modelo o actriz puede ser solo un cliché más, pero si no trabajas lo suficientemente duro tu destino está predeterminado a las novelas del mediodía, los programas de historias de la vida real con moralejas babosas o a las portadas de un catálogo de *Avon*, trabajos que no son horribles, claro está, pero siempre supe que no eran lo que buscaba.

Desde niña veía las pasarelas europeas, me encantaba la moda, los diseños, el caminar de las modelos, sabía que quería ser una modelo desde siempre y no solo me inspiraba la televisión, mi madre era una ex supermodelo muy famosa en mi país, llegó a aparecer en las mejores revistas y portadas del mundo entero. Hasta que quedó embarazada de mí a los 21 años y tuvo que retirarse, sus amigos de la industria siempre me decían que triunfaría igual que ella o más.

Mi padre siempre ignoró mi existencia, mi mamá dice que era un fotógrafo muy

famoso con el que tuvo una alocada historia de amor, pero estaba casado con la editora de una revista muy conocida, lo cual a mi madre no le importó en lo más mínimo, claro está. Al enterarse que ella estaba embarazada consiguió milagrosamente un trabajo en Moscú y se mudó allá.

Cuando cumplí 8 años me envió una carta diciéndome que lo sentía y que quería conocerme para “disculparse personalmente por todo lo que había sucedido”, me visitó por tres días, me compró un pez y nunca más volví a verlo.

Mi madre decía que todo estaba destinado a pasar y que ese hombre era un ser que Dios había puesto en su camino para concebirme, mi madre también estaba un poco loca y atribuía razones de sucesos a posiciones astrales y energías cósmicas, así que yo solo le seguía el juego.

El punto es que estuve inmersa en el mundo del modelaje desde que tengo uso de razón. Desde los dos años acompañaba a mi madre a sus sesiones de foto, las pocas que tuvo luego de tenerme, incluso modeló mientras estaba embarazada, viajamos por todo el país, solo mi madre y yo, mientras ella perseguía su sueño de aun ser modelo incluso luego de tener un bebé.

Durante la búsqueda del éxito mi madre conoció a Jorge, un veterano americano que estaba de vacaciones en Cancún, se enamoraron perdidamente, se casaron y cuando tenía 10 años nos mudamos a Florida a vivir con él. Jorge era realmente dulce, amaba a mi madre y eso me hacía feliz, también me trataba como su hija y era realmente una figura paterna para mí.

Nos había adoptado como su familia y eso habíamos construido, una pequeña familia, más de mi madre que mía, pero igual la disfrutaba. Terminé la escuela en Florida decidí irme a la capital de la moda: Nueva York. Trabajé desde los 16 años ahorrando para mi próximamente vida soñada y al cumplir los dieciocho me mudé a mi propio piso allí, era pequeño y estrecho pero para mí era justo lo suficientemente hermoso.

Mi primer mes fue doloroso, mis expectativas se redujeron a menos cien y mis trabajos eran bastante escasos. Para cubrir con los gastos de la renta tuve que conseguir un trabajo como cajera en un café cercano. Luego de casi seis meses en la ciudad lo único que había logrado era aprender a hacer un *macchiato* delicioso y a sonreírle gentilmente a cualquiera que me dirigiera la palabra. Siempre que estaba a punto de rendirme y regresar a casa llamaba a mi madre.

Ella había pasado por lo mismo y siempre sabía las cosas correctas que decir. Mis ánimos subían un poco y volvía al ruedo, mi madre tenía un punto: mi apariencia era diferente a la de las demás chicas.

Por ser latina, mi tono de piel era bronceado y mis facciones eran exóticas: labios

gruesos, ojos verdes grandes, nariz fina y cabello castaño oscuro que desde los quince llevaba con un flequillo desordenado cubriendo mi frente, medía 1.80 y era delgada, pero con curvas y buenas proporciones.

Definitivamente había heredado la apariencia de mi madre y ser modelo aparentaba estar en mis genes. Muchos podrían pensar que incluso ella me impulsaba o me obligaba a lograr este sueño porque sentía que lo estaba logrando ella, que vivía a través de mí, pero esa no era la historia.

Tuve muchas oportunidades para negarme a entrar al mundo del modelaje, a comer lo que me provocase, a no ejercitarme y ser como cualquier chica que puede lucir como le plazca, pero eso no era lo que quería. Yo veía mucho más, veía el arte, veía la gracia, veía el usar mi cuerpo para comunicar emociones, para vender a masas, para hacerme notar.

Independientemente de lo que mi madre quisiese, yo siempre había querido ser una modelo y mi madre fue solo una inspiración que lo hizo todo mucho más sencillo. Sin embargo casi ninguna de las personas que estuvo en la industria al mismo tiempo que ella seguía estando y sus llamadas para conseguirme contactos exitosos eran un fracaso.

Además, tampoco quería ser esa chica que triunfaba a rastos del éxito de su madre, quería triunfar por mí sola. Quería que la gente conociese a Carmela Varón, no a la *hija* de Mariana Varón.

Una tarde, mientras me resignaba a mi futuro como cajera/barista/mujer sonrisa, conocí a Emma. Era una delgada rubia de Boston, que resultó estar viviendo en la ciudad persiguiendo el mismo sueño que yo, solo que ella ya tenía un año en esto. Charlamos unos minutos mientras su pedido estaba listo y me comentó que venía de un casting en el que la habían rechazado pues su apariencia era “demasiado casual” y buscaban algo más diferente.

Mientras conversábamos la rubia me miró de pies a cabeza y sugirió que quizás yo pudiese ser el tipo de modelo que buscaban. Minutos después y con un turno de trabajo abandonado, me dirigí al lugar en el que era el casting. Para mi sorpresa el resultado fue excelente, me seleccionaron entre 80 chicas y conseguí un contrato en una agencia muy buena.

Más sesiones fueron surgiendo y más contratos fueron llegando, a mis 22 años ya había sido portada de diez revistas, lo que era considerada una gran hazaña. Estaba en el punto máximo de mi carrera y parecía solo crecer más. Viajaba cada semana a locaciones distintas.

Vestía los mejores diseñadores y mi pequeño piso de Nueva York se convirtió en un mucho más cómodo y espacioso *loft*. En cuatro años había logrado muchas

cosas. Con el tiempo uno pensaría que se vuelve todo más fácil, pero la verdad es que es todo lo contrario. Es difícil obtener el éxito, pero aún más difícil mantenerlo.

Mi rutina diaria era intacta: me despertaba a las 7:30 am máximo, me vestía e iba al gimnasio hasta aproximadamente las 10:00, regresaba a mi apartamento, me bañaba, vestía y salía a cualquier trabajo que tuviese. Esta rutina se repetía aproximadamente 6 días de la semana, a veces los 7 días completos, dependiendo de la temporada. Comía entre sesiones, dormía en autos, y mis compromisos sociales eran nulos, sin embargo estaba feliz y eso era lo que me importaba.

Había conocido lugares hermosos y mi agencia era una de las mejores del mercado, mi nombre pertenecía a la lista de modelos más exitosas del año. Grabé algunos papeles extras para películas y, por supuesto, estuve en los tabloides por mis supuestos “romances” con uno que otro actor los cuales ni conocía o ni siquiera había hablado con ellos alguna vez en mi vida. Sin embargo no era muy conocida fuera de Estados Unidos y esto me hacía querer expandirme un poco.

Cualquiera podría pensar que ya era una persona famosa, pero ese no era el caso. Era famosa en el mundo del modelaje, pero no era ninguna celebridad. Vivía de la misma manera, hacía mis cosas de la misma manera, no había paparazzis siguiéndome por todos lados ni fanáticos que gritaran mi nombre, seguía viajando en clase comercial y mis habitaciones de hotel seguían siendo reservadas como las más sencillas, yo era solo una modelo más.

Había modelos mucho más famosas que yo, mucho más hermosas que yo, mucho más exitosas que yo, pero el punto en el que estaba me hacía sentir única y no me importaba si las demás eran mejores que yo, solo me concentraba en disfrutar lo que hacía y ser gentil con los demás.

Mi personalidad permanecía intacta, seguía siendo la misma chica con el flequillo desordenado y la sonrisa gentil. Seguía llamando a mi madre todas las noches para contarle sobre mi día y saber cómo estaba.

Mi vida amorosa también seguía igual de nula. Crecer con una madre soltera me había hecho aprender muchas cosas, una de ellas pudo haber sido el hecho de odiar un poco a los hombres. Por años vi como mi madre sufrió por el abandono de mi padre y me juré a mi misma que nunca me involucraría emocionalmente con un hombre que pudiese herirme de esa manera.

Aunque mi madre luego recuperó su esperanza en el amor, yo no creía ya en esas cosas, así que me limitaba a salir a citas, darme a conocer un poco, conocer también a otros, uno que otro encuentro casual y ya está, no me involucraba mucho. En mi vida había estado con un total de cuatro hombres. El primero fue

Tony, un chico del bachillerato.

Fue mi primer novio y la primera persona que besé, duramos un total de ocho meses para luego romper ya que se dio cuenta de que era homosexual y aparentemente todos lo sabían menos yo, debí imaginármelo luego de que una vez lo encontrara registrando mi bolso de maquillaje buscando un poco de brillo labial.

Luego vino Charles, lo conocí una noche en un bar de la ciudad, yo tenía 17 y el 26, cantaba con una banda de jazz y era extremadamente guapo, nos besamos y luego fuimos a su apartamento, donde perdí mi virginidad de fondo a una canción de *Guns N' Roses*, nuestra comunicación se mantuvo por algunos meses, era un cabeza hueca pero yo solo buscaba divertirme y Charles era más guapo que la mayoría de los chicos de mi edad, dejamos de vernos cuando consiguió una viuda despechada dispuesta a mantenerlo a cambio de sexo y él aceptó.

Después del abandono de la única figura sexual que había conocido vino Giorgio, él era un chico que frecuentaba el café donde trabajaba pero siempre estaba ocupado. Para este entonces yo tenía 19 y él unos 23.

Giorgio era un dulce escritor que había llegado de Italia para cumplir su sueño de ser un columnista del *New York Times* pero en cambio terminó trabajando como recepcionista en una oficina de contadores. Salimos por unos 3 meses y decidí alejarme cuando quiso mudarse conmigo y hasta me propuso matrimonio, como podrá notarse, el nivel de compromiso no era el mismo.

Mi última decepción amorosa había sido la más corta y también la más dolorosa. Su nombre era Cristian y lo conocí en una sesión de fotos. Era un asistente de fotografía y cuando nos vimos fue como amor a primera vista.

Salimos por seis meses y fui lo más feliz que pude haber sido con un hombre, casi no teníamos tiempo para vernos pues siempre estábamos ocupados pero hacíamos que funcionara, incluso estaba considerando el hecho de enamorarme de él... Hasta que consiguió un trabajo con un sueldo soñado y tuvo que irse a Berlín, me invitó a venir con él y me negué a la propuesta, no iba a dejar atrás todo lo que con tanto esfuerzo me había costado conseguir.

Eso o realmente me aterrorizaba el compromiso y la idea de vivir con un hombre. Esto le molestó un poco pero con el tiempo logró entenderlo. La última vez que vi a Cristian fue hace un año y mi corazón solo sufría por él.

Era el único hombre que había logrado hacerme sentir algo más que pasión y calentura, Cristian me hacía sentir especial, pero nuestros horarios y compromisos de trabajo impedían cualquier surgimiento de amor entre nosotros y yo estaba tan ocupada que ni siquiera lo recordaba mucho.

Así que aquí me encontraba, agotada y sumamente cansada de otro de mis largos días de rutina. Llamé a mi madre para contarle sobre lo que pasaba y avisarle que mañana partiría a Ibiza. Tenía una sesión de fotos con una importante revista europea y además este iba a ser mi primer contrato oficial con la agencia para modelar en todo este continente.

Estaba realmente emocionada. Todo lo que había soñado ahora se hacía realidad: imaginaba las pasarelas de París, la semana de la moda en Milán, las sesiones de foto en Marruecos... Mi sueño de conquistar el público europeo estaba más cerca que nunca.

Mañana conocería a mi nueva agente y firmaría el contrato que cambiaría mi vida y mi futuro. Las cosas buenas estaban solo a la vuelta de la esquina. Hice mi maleta y escogí los mejores *outfits* para lucir en esta ocasión. El viaje sería solo por tres días pero sí que debía causar una buena impresión. Este era mi primer contrato internacional y no podía arruinarlo por nada del mundo.

CAPÍTULO II

Me aburrían los aeropuertos. No tenía nada contra ellos, pero ya había estado en tantos que se había vuelto un hobby poco entretenido. Siempre viajaba sola o con mi agente. Mi agente anterior había estado conmigo desde hace 3 años. Su nombre era Cintia y era como mi mejor amiga. Sabía todo lo que me gustaba, mis trabajos preferidos, mis clientes favoritos, mis cuentas bancarias, mi comida esencial, todo.

Cintia era como mi segunda madre, estaba conmigo todo el tiempo recordándome que debía comer y que ya era hora de irnos a otro lugar. Incluso organizaba mis trabajos para que pudiese tener al menos dos días libres a la semana, cosa que casi nunca lográbamos, claro está. No sé como lo lograba pero era agente de cuatro modelos más y a todas nos daba el mismo trato especial, era realmente una mujer pulpo.

Mi relación laboral con Cintia había terminado porque durante sus últimas vacaciones sufrió una aparatosa caída y rompió su espalda. El médico le ordenó ocho meses de reposo absoluto así que tuvo que dejar de trabajar y conociéndola, debía sentir ganas de morir, luego de estar acostumbrada a estar todo el tiempo haciendo algo y de pronto verse en una cama totalmente dependiente de su malhumorado esposo por casi un año completo... sonaba como una total pesadilla.

Probaría como sería esta nueva agente, sin duda no sería mejor que Cintia, pero esperaba lo mejor. En mi carrera un agente lo significaba todo, el agente abría tus puertas a nuevos contratos, a nuevas revistas, a nuevos lentes, nuevas pasarelas, un buen agente explotaba tus talentos y te daba a conocer. Sin duda alguna no estaría en el lugar donde estaba si no hubiese tenido a una agente tan profesional y excelente como Cintia, solo podía desear que la nueva fuese igual.

Mientras esperaba la salida de mi vuelo a Ibiza decidí hacer un poco de *research* sobre el lugar. Nunca había estado en Ibiza antes. Aparentemente la isla era conocida por sus hermosos paisajes y sus alocadas fiestas. Esto me hizo pensar... cuándo fue la última vez que me había ido de fiesta... probablemente fue en mi cumpleaños de este año. El 13 de enero, hace aproximadamente 8 meses.

Fui con algunos amigos al *SOHOBar*, un club de alto costo de la ciudad, casi como todos los clubs de Nueva York. Para ese entonces todavía estaba con Cristian y fue realmente fabuloso. Luego del club subimos a la azotea de su edificio y vimos las estrellas por horas... estábamos tan borrachos, pero no tanto,

solo un poco, justo lo suficiente para recordar exactamente cada detalle de esa mágica noche.

Una sábana blanca en el suelo, *Coldplay* sonando de fondo, una botella de whiskey a la mitad, mis tacones reposando sobre la pared y Cristian y yo en envueltos en uno solo. Abrazados mirando el horizonte dispuesto sólo para nosotros.

Estar con Cristian era muy diferente a todos los hombres con los que había estado. Nunca fui de esas mujeres que ponen el sexo en un pedestal y se sienten promiscuas si besan a dos chicos diferentes en menos de 6 meses. Yo siempre fui muy liberal al respecto. No me gustaban las relaciones y siempre que un chico se ponía muy serio yo solo me alejaba.

Pero Cristian era el único con el que sentía el poder de tener esa conexión sin sentirme amarrada. El amor para mí era eso, era el poder estar con alguien y no necesitar catalogar a esa persona como tu *esposo* o tu *novio* para saber que están juntos.

No necesitas gritarlo a los cuatro vientos y que todo el mundo lo sepa, porque solo es necesario que tú y esa persona lo conozcan. Mucha gente podría decir que estaba equivocada, pero el amor es algo subjetivo que merece ser sentido e interpretado de diferentes maneras y cada una de ellas es hermosa, unas más dolorosas que otras, claro está. Pero siempre hermosas.

Supongo que había heredado la falta de compromiso de mi padre. Qué grandiosa herencia. Hombres maravillosos que me proponían un futuro a su lado y yo buscando los mil y un defectos hasta el punto en que nada sucediera y todo terminara siendo un agradable recuerdo para mí y una horrorosa experiencia para ellos.

Ninguno de mis ex novios podía verme ni en pintura, todos me odiaban y me catalogaban como la persona más fría del mundo. ¿Por qué ser honesta es ser una persona fría... por qué decirle a alguien que no quieres estar con él es ser totalmente inhumana y no tener sentimientos? Prefiero ser una persona fría que una persona mentirosa.

No voy a comprometerme con alguien para luego, unos meses después cuando pase la emoción del momento, sentir que me asfixio y que me roban cada milímetro restante de mi espacio personal. Mi madre siempre decía que esta forma de pensar iba a cambiar con el paso de los años, pero por los momentos no me sentía así.

Lo que más disfrutaba de todos los hombres con que había estado era el sexo. Me encantaba el sexo. Con cada uno de ellos había sido tan diferente y versátil que

había aprendido a desprenderme de mis objeciones, de mis argumentos y mis prejuicios y solo dejarme llevar.

Había dos Carmela, la Carmela durante el sexo y la Carmela antes o después del sexo. Siempre estuve de acuerdo con la teoría de que todos los humanos tenemos un instinto animal, algo que nos mueve, un espectro salvaje que nos hace actuar instintivamente más que intuitivamente y ese lado de nosotros salía a relucir durante el sexo.

Mis pensamientos fueron tomando un tono seductor... Recordaba los diversos encuentros que había tenido con cada uno de los hombres con los que había estado. Tenía muchos recuerdos, pero los que más me gustaban eran tres de ellos: el primero fue con Charles, el chico con el que perdí mi virginidad.

Una de mis tantas noches acompañándolo en sus toques en los bares de la ciudad al finalizar el toque comenzamos a tomar un poco, entre besos y toqueteos la cosa se puso un poco caliente y no nos pudimos aguantar a llegar a su apartamento o el mío. Me tomó de la mano y me llevó a la parte de atrás del bar, un pequeño callejón oscuro lleno de cajas y cosas viejas, el lugar estaba completamente solo y se escuchaba a lo lejos el sonido de la música que retumbaba las paredes.

Nos besamos hasta llegar al punto más oscuro del pasillo, donde estuviésemos seguros (o al menos un poco) de que nadie pudiese vernos. Me arrebató contra la pared y subió mi falda hasta mi cintura. Metió sus manos en mi ropa interior y frotó mi sexo para luego introducir sus dedos poco a poco. Esto me enloqueció y tomé el control, me coloqué en rodillas y bajé sus pantalones para luego poner su pene en mi boca y chuparlo suavemente.

Luego me cargó y me colocó sobre la pared apoyándome en sus piernas, bajó mi ropa interior y con sus pantalones a media postura me penetró con firmeza. Más que el sexo como tal, me excitaba el hecho de que alguien pudiese descubrirnos, de que alguien pudiese vernos desnudos mientras teníamos relaciones, mientras nos besábamos y rozábamos nuestros sexos.

La penetración se hacía cada vez más rápida y más profunda, apretaba mis nalgas con fuerza y chupaba mis pezones, yo me sujetaba de su cuello y clavaba mis uñas en su espalda.

Él tapaba mi boca para evitar salir el sonido de mis gemidos. Poco a poco nuestras respiraciones se entrecortaban aún más, nuestros cuerpos se resbalaban y sus rodillas temblaban, seguía penetrándome más fuerte, más rápido, hasta que se vino dentro de mí y pude sentir la calentura en mi interior y su cara de placer pudo confirmarlo.

Pensando en mi encuentro con Charles me adentré tanto en la situación que olvidé

que me encontraba en el aeropuerto. Sentía la humedad en mi ropa interior y la dureza en mis pezones, así como la calentura en mi piel. Mi imaginación me había conducido a esta escena sexual que con tanto placer recordaba, pero debía calmarme, estaba en un lugar público.

Quizás era por el tiempo que tenía sin tener relaciones, habían pasado casi cuatro meses. Y eso para mí era bastante, me mantenía siempre sexualmente activa, incluso había dejado de tomar mis pastillas anticonceptivas porque no tenía ningún chico por los momentos.

Para distraerme un poco de mis pensamientos eróticos decidí dar una vuelta por el lugar. Ya había chequeado y aún faltaba una hora para que mi vuelo empezara a embarcar. Caminé de la puerta E a la puerta A, un largo trayecto buscando algo que me convenciera para comer.

Por fin pude ver algo que se ajustara a mis métodos alimenticios: *Plain's*, un café de paninis y ensaladas que había probado en otros aeropuertos y resultaba ser delicioso, bueno, al menos para ser comida de aeropuerto. Entré al lugar y ordene mi ensalada capresa, una sopa de cebolla pequeña y un agua mineral. Pagué y esperé algunos minutos por mi pedido.

Mientras esperaba miré alrededor y lo primero que pude notar fue el guapo chico que estaba sentado en la primera mesa a mi izquierda. Aparentaba unos 28 años, era alto y de piel pálida, sus mejillas era un poco más bronceadas que el resto de su cuerpo. Usaba un pantalón negro ajustado y una chaqueta azul con una bufanda gris, llevaba también unos lentes de pasta con los que leía algo en la laptop que reposaba en la mesa justo al lado del sándwich y el café que tenía en una bandeja. Seguramente era un hombre de negocios que tenía que asistir a alguna importante reunión en algún importante lugar.

Era realmente atractivo. Supongo que mi mirada debió ser penetrante ya que luego de unos segundos de analizarlo por completo subió la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Me sonrió y yo miré rápidamente a otro lugar. La chica indicó que mi orden ya estaba lista, así que tomé mi bandeja y pasé, como si nada, al lado del misterioso hombre atractivo y me senté a dos mesas de distancia.

El hombre se volteó y me miró, soltó una leve carcajada y me miró como una persona mira a otra cuando cree conocerla de algún lugar. Supuse que me había reconocido de algún trabajo. Le devolví una sonrisa amable y miré mi plato de comida el cual empecé a degustar mientras leía noticias desde mi móvil. Algunos minutos pasaron cuando sentí una presencia frente a mí.

—¿Te molesta si me siento?

Pensé que el chico era guapo, pero la verdad es que era perfecto. Sus expresiones

faciales eran fuertes, marcadas, pero sus ojos verdes eran capaces de derretir hasta al más grande iceberg. Me quedé perpleja mirándolo, no sabía que decir.

Quería que se sentara, por supuesto que sí, quería que se sentara en mis piernas, o yo en las suyas, o ambos encima de la mesa, o en el piso, donde fuese. Dios mío por supuesto que sí quería. Yo era muy confiada, por amor a Dios era una supermodelo, una exitosa e independiente supermodelo que podía tener a cualquier chico que quisiese. Y aquí estaba, congelada sin saber qué decir.

—Supongo que eso es un sí.

Colocó sus cosas encima de la mesa, cuidadosamente para no tropezar con las mías.

—Buen provecho.

Me miró y guiñó un ojo, luego sonrió y dio un mordisco a su sándwich, como si nada estuviese pasando. ¿Acaso este era un chico con el que había estado anteriormente y no recordaba? Su acento era neutral, quizás español, tenía familia en España, podría ser algún primo lejano... Un momento, mi madre y yo éramos las únicas guapas de la familia, no podría ser que este bombón fuese hijo de ninguno de mis tíos. No tenía idea de quién era este hombre y podía estar sentada enfrente de un asesino en serie, era momento de reaccionar.

—Muchas gracias pero... ¿te conozco?

—No. Pero puedes hacerlo si quieres. Soy Iván, Iván Rajtawski.

Definitivamente no éramos familia. Qué apellido más excéntrico, probablemente era multimillonario o hijo de alguien importante. En mi familia lo más cercano al éxito habíamos sido mi madre y yo... Ah y mi tío Pedro, según su versión en sus años dorados le escribió una canción a *Rocío Durcal* y ella la patentó... pero esta historia no había sido verificada. Su mano extendida esperaba la mía.

—Mucho gusto, Claudia.

—Claudia... Tu rostro se me hace familiar. ¿Trabajas en la industria?

¿En la industria qué... médica... petrolera... artística? Este hombre podía trabajar en cualquier gremio y ser exitoso solamente por su aspecto físico. Era un ken, un muñeco perfecto al que le quedaría bien cualquier traje o uniforme... Mi imaginación que ya de por sí estaba en su esplendor, terminó de florecer cuando me topé con este ser.

No me había pasado esto antes y estaba un poco nerviosa, no quería decirle que era modelo, no sabía si sería algún paparazzi encubierto que quería sacarme información. Quizás estaba siendo paranoica pero a este punto no podía arriesgarme a que nada lastimara mi carrera. Supuse que lo mejor sería pretender

que era alguien más.

—No... bueno, soy maestra. Maestra de artes escénicas.

—Maestra... Yo hubiese apostado que actriz. Digo, con ese rostro...

Aparentemente no había sido yo la única en llevar a cabo un escaneo físico. Lo miré a los ojos y sonreí con picardía. Él, de nuevo, volvió a guiñar un ojo. Estaba disfrutando esto, me hacía la idea de que era una especie de roleplaying. Esta persona no sabía quién era yo en verdad y podía decirle lo que quisiera.

—¿Y tú a que te dedicas, Iván?

—Cosas, trabajo de oficina. Temas aburridos

—¿Algo muy complicado para que una simple maestra lo pueda entender?

Sonrió de nuevo. Esto estaba saliéndose de control. Luego de conversar un poco más el silencio se hizo presente y nuestras miradas se enfocaron en nuestros cuerpos. De pronto deseaba que no tuviésemos que partir a ningún lugar sino al hotel más cercano y acabar con estas ganas que tenía de estar con este hombre.

—Tengo... Tengo acceso a la sala de espera VIP. ¿Te gustaría que fuésemos?

La verdad es que la idea no era mi favorita. El cuarto VIP de los aeropuertos siempre estaba lleno de ancianos medio dormidos en una silla y niños intolerables corriendo de un lado a otro mientras sus *ipads* toman un poco de descanso y batería, lo que menos necesitábamos era el VIP. Se me ocurrió una idea mucho más aventurera pero de seguro tentadora. No sabía lo que estaba haciendo pero que bien se sentía.

—Creo que tengo una mejor idea.

Me alejé y tomé mis cosas. No sabía nada de este hombre, repito, era un total desconocido el cual podría matarme, secuestrarme o quién sabe qué, pero no parecía importarme. Me incliné a Iván y susurré a su oído.

—Te veo en el baño en 5 minutos.

CAPÍTULO III

Mi espíritu libre estaba más activado de lo normal. No solo estaba a punto de partir a Ibiza a consolidar mi carrera como modelo, sino que acababa de tener relaciones con un completo desconocido en el baño de un aeropuerto y, peor aún, lo había disfrutado. Definitivamente estaba viviendo al límite y aprovechando todo lo que la vida me ofrecía.

Sí, muchas personas podrían pensar que era promiscua por lo que acababa de hacer, que era una cualquiera o una mujer sin valores, pero realmente nunca me había importado lo que los demás pensarán y además era el tipo de chica que si quería algo simplemente lo hacía y punto.

Nunca había entendido esas mujeres que se martirizaban por sentirse sexualmente atraída hacia un hombre. Ni mucho menos aquellas que no se acostaban con uno hasta no tener un anillo en sus manos. El sexo me parecía algo completamente natural e ir en contra de él era ir en contra de la naturaleza. Y nadie quería ir en contra de la naturaleza.

Luego de nuestro encuentro casual en el baño familiar del aeropuerto, Iván y yo nos despedimos, me pidió mi número telefónico pero decidí que lo mejor era dejarlo pasar. Disfrutar lo que justo había sucedido y borrarnos por completo de nuestras vidas. No necesitaba la presión de un novio ni mucho menos la intensidad de un pretendiente.

Así como estoy segura el tampoco lo quería, un hombre como él definitivamente no era de estarse involucrando emocionalmente con nadie, esto lo podía saber incluso con el poco tiempo que pude para conocerlo. Al final éramos lo mismo, éramos las mismas personas con deseos carnales socialmente “indebidos” que solo buscaban un poco de diversión.

Aún seguía esperando la salida de mi vuelo pero ahora esperaba mucho más aliviada. Extrañaba tener sexo, extrañaba besar a alguien, extrañaba sentirme deseada y complacida. Realmente me había gustado estar con Iván, debo decir que quizás podía incluirlo en mi top tres de hombres con los que había estado y su puesto se batallarían entre el número uno y el número dos. Vaya experiencia.

Estaba entusiasmada por mi viaje a Ibiza, esta sería mi gran oportunidad de saltar al mercado extranjero y darme a conocer, todo lo que algún momento había soñado. Me coloqué los audífonos y encendí mi *iPod* plateado que me acompañaba desde los quince. Aunque había tenido la oportunidad de cambiarlo por algo más actualizado o en mejores condiciones no había tenido la necesidad.

Me gustaban las cosas antiguas porque tenían un valor emocional para mí. Además, en ese artefacto se encontraban mis gustos musicales desde hace años y me recordaba lo que era, lo que alguna vez fui. Escuchar esas viejas canciones me hacía pensar en lo diferente que era mi vida y en todo lo que había logrado hasta ahora. Era reconfortante.

Mientras escuchaba música envié un mensaje de texto a mi madre para avisarle que estaba bien y a punto de despegar. Estaba desesperada por fumar algunos cigarrillos pero ya no podía salir al área de fumadores, así que concentré mis ganas en una revista de moda y eché un ojo a las últimas tendencias, las cuales por supuesto ya conocía.

El momento de abordar llegó. Tomé mis cosas y comencé a andar en dirección a la puerta de embarque. Revisé los boletos: 13F. Aunque mi agencia sugería reservar mis vuelos en primera clase yo siempre insistía en la clase comercial. No era ninguna celebridad y con la diferencia de costos entre los boletos se podía alimentar a una familia de cuatro por al menos un mes.

La humildad era una de las cosas que me caracterizaba, nunca pretendía ser más que nadie y siempre pensaba en los demás, lo que claro a veces no era tan bueno. En la superficialidad de mi mundo las personas pensarían que era una cabeza hueca, solo físico y nada más, pero no era así. Además que ciertamente podría importarme menos lo que los demás pensasen de mí.

El vuelo estaba casi vacío. Era temporada baja y no había muchos pasajeros. Me gustaba que el avión estuviese despejado. Nada de niños llorando, hombres de negocios locos por cerrar algún trato ni personas molestas levantándose al baño cada cinco minutos.

No es que fuese alguien en contra de todas las anteriores, pero en un espacio tan estrecho y a mil pies de altura nadie es muy amigable que se diga. Llegué a mi asiento y los dos de al lado estaban desocupados. Bingo, podía dormir plácidamente al menos algunas horas, en esta industria se aprovechaban hasta las mínimas horas de sueño que se pudiesen presentar.

Fue un viaje rápido y desperté en Londres, nuestra escala antes del destino final. Llegué para hacer la conexión lo antes posible, la hora era casi justa. Luego de algunos minutos en emigración y el chequeo con la aerolínea ya me encontraba de nuevo en un avión ahora sí con rumbo a la exótica isla. Este vuelo iba aún más vacío y lo disfruté incluso mucho más.

Dormí, de nuevo, todo el trayecto. Antes de embarcar había comprado una ensalada en el aeropuerto y decidí comerla, no sabía cuánto iba a tardarme en llegar al hotel o si iría directamente a la agencia, así que era más seguro comer

mientras pudiese. Me mantuve despierta luego de comer y decidí maquillarme un poco. Ya casi llegábamos y tenía que causar una primera buena impresión.

Las modelos, aunque casi nadie lo creyese, éramos bastante naturales. Aprovechábamos todo el tiempo que pudiésemos sin utilizar maquillaje, era el único momento del día en que nuestra piel tenía un poco de descanso. Mi madre siempre me lo recomendaba y su cutis era perfecto, así que tomaba muy en cuenta sus palabras.

Aterrizamos en Ibiza y mi corazón se aceleró un poco. La vista desde la ventana del avión era hermosa. Eran aproximadamente las seis de la tarde y el atardecer acorde con la playa era una perfecta pintura. Me sentía feliz de donde estaba, me sentía orgullosa de lo que había logrado hasta ahora.

Incluso si todo esto del modelaje europeo no funcionaba estaría feliz de lo que ya tendría en mis manos. Para una chica de mi edad era suficiente, era más que suficiente en realidad. No es que fuese una persona conformista, era una persona agradecida que apreciaba sus logros y se enaltecía por ellos.

Al bajar caminé hacia las puertas de salida. Pude notar que todo el mundo se veía tan bronceado, tan fresco. Mi atuendo era anti-Ibiza, pero no me importaba. Apenas llegase al hotel me cambiaría por algo más cómodo y acorde. Estaba tan feliz de estar allí. Miré entre las personas que esperaban a los pasajeros; familias, parejas, todo tipo de recibimiento.

Entre la escasa multitud un hombre de aproximadamente 50 años de edad, cabello gris y una contextura gruesa con una pequeña panza que se asomaba en su camisa blanca cubierta por un saco negro. Me llamó la atención su vestimenta tan formal y su aspecto era tierno, simulaba un padre de familia con un humor peculiar.

Entre sus manos un letrero: “*Carmela Varón*”. Lo miré y rápidamente me reconoció, hizo algunas señas las cuales yo devolví para hacerle saber que lo había visto. Se acercó a ayudarme con mis maletas y afirmé lo que pensaba: un humor peculiar.

—Hello... Hello! My name Pablo. Friends call me Pablito. You speak Spanish? Me... Agency. Model place.

Su mano señalaba el cartel y sacó de su bolsillo un carnet con sus credenciales de la agencia. Su inglés era para morir de la risa.

—¡Hola! Mucho gusto, soy Carmela.

—Gracias a Dios! Un poco de español. Ya estas gringas me hacían doler la cabeza. My english very malo.

Solté una carcajada. Ya Pablo me caía bien y tenía dos minutos de haberlo

conocido.

—Bueno, andando, Señorita Carmela. Vamos a dejarla en su hotel y mañana a la agencia.

—Perfecto Pablo. Muchas gracias.

Durante el camino al hotel Pablo me contó sobre su vida. Sus cuatro hermosas hijas, de las cuales me mostró diez mil fotos, su adorada esposa que era maestra de preescolar y sobre los seis años que llevaba trabajando como chofer para la compañía.

Me contó sobre lo emocionado que se ponía cuando alguna modelo que hablara español llegaba, porque era con las únicas con las que podía conversar y el silencio le incomodaba. Me contó mil chistes, me reí a carcajadas, también me comentó sobre detalles de la agencia, el carácter de las personas que allí trabajaban y los diferentes cargos.

—Oye Pablo... ¿Y no sabes quién podría ser mi agente?

—Pues no lo sé cariño. Hay muchos agentes ahorita, la agencia está en su mejor momento. Creo que un día de estos hasta me podrían poner a mí.

Reí de nuevo, las noticias de Pablo me emocionaban. La agencia en su mejor momento y justo en ese mejor momento me había buscado. Esto era bastante prometedor.

Llegamos al hotel y Pablo nuevamente me ayudó con mi equipaje, me indicó mi número de habitación y todos los papeleos que debía ir llenando. Más que todo información general para la empresa, luego me indicó que nos veríamos mañana a primera hora para ir a la agencia a conocer a mi agente.

Entré a mi habitación. Sexto piso en el *New Algarb Hotel*. Una hermosa vista en un pequeño balcón donde podías ver la ciudad y al fondo la hermosa playa. Se veía increíble incluso siendo de noche, no me imagino cómo se vería mañana en la mañana. Tenía un poco de hambre y pedí un consomé de pollo en el servicio a la habitación. Estaba muy cansada como para bajar al restaurante.

Tomé un baño y mientras me encontraba en la bañera llena de agua caliente frotaba mi jabón líquido de aceite de almendras sobre mi cuerpo, lo masajeaba suavemente intentando sacar el cansancio de mí. Mientras tocaba cada centímetro de mi piel recordé el encuentro casual con Iván que hace solo algunas horas había sucedido en ese aeropuerto.

Me estremecí al recordar cómo me tomó sobre ese lavamanos de aquel estrecho baño. Imaginaba su fuerte penetración y mis jadeos, con mi respiración cada vez más entre cortada, cómo besaba mis senos, cómo agarraba mi culo con firmeza

apoyándose para adentrarse aún más en mí... Mientras lo recordaba me tocaba un poco, pasaba mis dedos por mi sexo y disfrutaba el toque, mordía mis labios y recordaba cada detalle para sentir aún más placer.

La humedad entre mis piernas y el calor del agua eran una sensación explosiva, seguí tocándome más rápido, más fuerte hasta no poder más y dejarme llevar por un último y fuerte gemido.

Luego del cálido encuentro entre mis manos y mi cuerpo me sentía aún más aliviada. Froté un poco de crema en mi cuerpo y sequé mi cabello. Me acosté y revisé el celular. Envié algunos mensajes a mi madre y escribí por el grupo de *whatsapp* que compartía con mis amigos de Nueva York.

En este grupo de amigos se encontraba Cristián. Tenía mucho tiempo sin saber de él y este chat era el único medio de comunicación por el que podía saber sobre su vida. Aunque rara vez alguno de los dos escribía algo. La verdad es que cuando escribía algo allí lo hacía solo para que el me leyese. Pero siempre era inútil.

Siempre pensaba en si habría desperdiciado mi oportunidad de tener un buen hombre, de crear una familia, todo lo que Cristian me había propuesto. Pero luego entendía que no estaba preparada para algo así, lo que me hacía desistir de la idea. Me aclaraba a mi misma que no buscaba ningún compromiso y que lo mejor era enfocarme en mi carrera. Y eso me bastaba.

Me desperté de nuevo como todos los días, con mi alarma religiosamente a las 6:00 a.m. El *jetlag* afortunadamente no había sido tan fuerte esta vez. Bajé al gimnasio del hotel e hice mi respectiva rutina de ejercicios, luego desayuné, me di un baño y esperé en el lobby hasta que llegase Pablo a buscarme. Estaba realmente emocionada, me moría de los nervios y la felicidad al mismo tiempo.

Luego de casi 15 minutos esperando Pablo llegó.

—¡Ahí está mi chica! ¿Lista para el gran día?

Sonreí con un gesto amistoso.

—Buen día Pablo... Bueno, creo que lo estoy.

—No hay de qué estar preocupada cariño. Conquistalos como ya habéis hecho.

Nunca pensé decirlo pero este chofer era la mejor compañía en estos momentos. Su humor y su ánimo me mantenían positiva. El asunto laboral era así: la agencia había visto mis fotos y quería firmar mi contrato. Esto incluía viajes mensuales a Ibiza y un agente a disposición por dos años. Los trabajos podrían ser en Estados Unidos o en Europa, dependiendo del cliente.

Mi agente cerraría los tratos y me acompañaría durante todo el proceso. Todo esto mientras aun mantenía mi contrato en Nueva York, lo cual era bastante genial.

Mi agenda estaría ocupadísima pero era mi momento para darme a conocer. La agencia solo esperaba por mi aprobación de los términos y mi firma en el contrato y todo estaría listo.

Al llegar a la agencia me sentí aun más entusiasmada. Era un enorme edificio blanco con ventanales de punta a punta, cerca del centro de la ciudad. En la fachada se veían imágenes de modelos reconocidas y portadas de importantes revistas. Me emocionaba pensar que mi rostro podría estar muy pronto allí. Al entrar el lugar era aún más impecable, muebles blancos y decoración minimalista. Pablo indicó a la recepcionista que ya había llegado y me llevaron hacia el último piso del edificio.

Entré a la amplia oficina y una mujer delgada y extremadamente alta me esperaba. Su apariencia era como la de una modelo retirada, se veía hermosa de pies a cabeza. Elegante y definitivamente alguien que había visto anteriormente en alguna revista. Su nombre era Lorena Scott y era la CEO de la agencia. Ella me había contactado personalmente y había estado encantada con mi trabajo.

—Carmela Valero. Aún más hermosa en persona. Bienvenida a Ibiza cariño.

Se acercó a mí y me dio dos besos, uno en cada mejilla. Esta mujer era una eminencia en el mundo de la moda y aquí estaba, justo enfrente de mí.

—Mucho Gusto Señorita Lorena, es un placer para...

—¡Ja! Señorita, cariño hace bastantes años que no soy una señorita. Mi casi tercera edad lo confirma, pero te agradezco el cumplido. ¿Cómo está tu madre? No me llames señora por favor, Lorena y ya.

Lorena y mi madre habían modelado juntas en aquellos días, eran grandes amigas. Cuando mi madre salió embarazada y tuvo que retirarse Lorena siguió triunfando en la industria, por lo que se separaron con el tiempo. Distintas prioridades supongo.

—Está muy bien. Aún mantiene el espíritu, le enviaré tus saludos con gusto.

—Recuerdo aquellos días en las pasarelas... éramos realmente imparables tu madre y yo. Aún no puedo creer que no me avisase que estabas modelando. Habríamos firmado un contrato mucho antes cariño.

—Si... es que no quería que...

—No querías la fama por tu madre. Entiendo, entiendo. Pero te diré algo Carmela. La razón por la que estás aquí hoy es por tu talento, tu trabajo es impecable.

—Muchas gracias. He estado trabajando duro.

—Y por ese duro trabajo es que estás aquí. A ver, queremos hacer algunas

sesiones en estos días que estarás aquí, queremos ver cómo te sientes con tu nuevo agente y que evalúes cómo te va con nosotros.

¿Evaluar? No había nada que evaluar, este era el sueño de mi vida. Obviamente me sentiría más feliz que nunca. Mi cara se notó un poco confundida.

—No tienes de qué preocuparte. Como CEO de esta compañía te aseguro que queremos firmar nuestro contrato contigo. Solo que hemos tenido modelos que luego de firmar no se han sentido cómodas con tanto viaje, o no les ha gustado el agente. Y luego son contratos que quedan en el limbo. No queremos que eso pase contigo.

El punto de Lorena era cierto, aunque ya sabía que iba a aceptar todo lo que me ofrecieran.

—Entiendo Lorena, me parece perfecto. Estoy muy entusiasmada por esta oportunidad.

—Al igual que nosotros linda. Estoy segura que encajarás perfecto con nuestros estándares.

Estrechamos nuestras manos y nos pusimos de pie.

—Vamos al estudio. Tu agente ha tenido algún retraso en los vuelos pero ya está por llegar. Mientras tanto podemos ir tomando algunas *polaroids* para los *booking*.

En solo minutos ya estaba lista y enfrente a la cámara. Haciendo lo que más me gustaba. Iniciamos la sesión con un maquillaje casual, con muy pocos retoques. Me colocaron un jean roto y un *bralette* negro con encaje y transparencias. El cabello suelto con unas suaves ondas y mi flequillo que me representaba.

La fotógrafa me daba buenas referencias, le encantaba cómo me veía, el lugar era hermoso y la buena energía inundaba el set. Me encantaba estar aquí. Todo era perfecto. Realmente me veía viniendo todos los meses a trabajar con estas personas.

Pude escuchar que las puertas del set se abrieron, Lorena pronunció mi nombre y la sesión de fotos se detuvo.

—Carmela, te presento a tu nuevo agente. El señor Iván Rajtawski.

Todo el set se quedó en silencio.

Mierda

No

No puede ser

Alguien asesíneme ahora mismo

Mierda

No

Estaba en shock. Mis ojos se posaron sobre este hombre, este supuesto hombre de negocios al que no vería más nunca. Al que le mentí sobre mi identidad, este hombre con el que me acosté en el baño familiar de un aeropuerto. Este hombre quien ahora era *MI AGENTE*. Iván me miraba con angustia. Creo que estaba tan sorprendido como yo. Su cara era una mezcla de confusión, emoción y ganas de matar a alguien, siendo ese alguien obviamente yo.

Lorena nos miraba a ambos confusa, sin saber qué estaba pasando.

—¿Ya se conocían ustedes dos?... ¿Hay algún problema?

Iván rápidamente tomó el control de la situación.

—No. No, no para nada. Es que Carmela es realmente hermosa. Su... Su estructura ósea es perfecta para la nueva campaña... Esa... Esa que estábamos planeando.

Su voz sonaba insegura y falsa. Pero Lorena no lo notó.

—¡Claro! La de *Nivea*, pensé lo mismo Iván. Es perfecta para esa campaña. Me encanta, apenas conociéndose y ya hablando de nuevos negocios. Los dejo para que se conozcan un poco.

Me negaba rotundamente a esa idea. Ya conocía suficiente de este hombre.

—Pero... Debemos terminar primero la sesión Lorena, apenas...

—Tranquila cariño, tendrás muchas sesiones más y ya con esta ha sido suficiente. Iván lleva a Carmela a almorzar y cuéntale sobre nuestro contrato, tienes que convencer a esta chica de que se quede con nosotros... El agente es el mejor amigo de la supermodelo.

El mejor amigo y el mejor sexo quizás... ¿Qué pasaba conmigo... en qué lío me había metido ahora?... Esto no era mi culpa. El nunca comentó sobre su trabajo. Aunque yo tampoco le pregunté.... Pero... ¡No era mi culpa!

—Vale. Bueno... Carmela... Te espero en el lobby, cuando gustes.

—Vale... Me cambiaré y bajo.

Entré al baño y respiré profundo. Ahora sí que estaba en problemas. Me había acostado con mi agente y esto era inaceptable. Aunque técnicamente no era mi agente cuando pasó... ni siquiera era mi agente ahorita.

Tenía que calmarme, éramos adultos y podíamos conversar sobre lo que estaba sucediendo. Podíamos llegar a un acuerdo. Me cambié y bajé al lobby pero antes me devolví a mirarme de nuevo en el espejo y chequear mi flequillo que estaba,

como siempre, en perfectas condiciones.

¿Qué pasaba conmigo? Mi oportunidad soñada estaba al filo del peligro y yo me preocupaba por mi flequillo. Bajé al lobby e Iván me esperaba. Me acerqué a donde estaba y procedí a disculparme.

—Iván yo no...

—Vamos, mi auto está por allá.

O no. El estaba realmente molesto. Y ahora yo estaba molesta. El era tan culpable de lo que había pasado como yo. Ambos mentimos. Caminamos hacia su carro y una vez dentro fue como la segunda guerra mundial.

—¿Maestra, no? ¿Claudia, no? Eres una completa demente, no puedo creer que mintieras sobre tu identidad.

—Al menos mentí. Tú ni siquiera hablaste sobre tu identidad.

—Eso no pareció importarte mucho.

—Lo siento, seguí tu consejo y no me quise aburrir por los detalles de un OCUPADO HOMBRE DE NEGOCIOS.

—LO SOY. Soy un ocupado hombre de negocios.

—Cuando dices ocupado hombre de negocios te imaginas a un corredor de bolsa o algún aburrido abogado. Jamás pensé que serías un agente de modelos. Jamás pensé que serías MI AGENTE.

—Oh... Entiendo. Discúlpame por no cumplir con tus expectativas laborales.

Esto era una pelea sin salida. Alguno de los dos debía ceder.

—Vale. Está bien, me disculpo. Te mentí sobre quién era e hice algo indebido contigo. Pues no sabía quién eras realmente.

—Me parece justo.

Mis ojos sobresalieron un poco.

—¿No tienes nada por qué disculparte?

—Me disculpo por ser tan irresistible.

Una carcajada se soltó de ambos. Y entonces recordé la razón por la que había estado con Iván en primer lugar. Esos ojos verdes y esa sonrisa llena de picardía. En conjunto con ese traje ajustado que encajaba perfectamente... NO... Concéntrate Carmela. Esto es laboral.

—Bueno, ya, tenemos que pensar qué haremos. Si Lorena o alguien se entera de esto tú pierdes tu trabajo y yo pierdo mi contrato. Debemos ser adultos en esto.

—Bien. Bien, tienes razón. Aquello que sucedió no puede volver a pasar.

—Nunca

—Nunca más.

Sus ojos se encontraron con los míos y ambos supimos que estábamos mintiendo.

CAPÍTULO IV

Iván

No estaba preparado para lo que estaba sucediendo. Normalmente me acostaba con muchas mujeres, pero no tenía que encontrármelas luego y mucho menos trabajar con ellas, o mejor dicho, ser su jefe. Mi encuentro con Carmela había sido casual y nada planificado, pero debo admitir que apenas vi ese rostro y ese cuerpo debía acercarme.

Siempre supe que mentía cuando decía ser maestra, por Dios, una maestra con ese culo y esos ojazos, es imposible que los desperdiciase de esa manera, aunque si me preguntan a mí pues yo si dejaría que me enseñase algunas lecciones.

El asunto era complicado. Yo era un hombre sentimental, consideraba a cada una de las mujeres con las que salía, con todas quería casarme y bajarles el cielo, pero con el tiempo me di cuenta que esa no era la forma de salir menos herido, sino todo lo contrario. Hace cinco años había terminado mi más duradera y dolorosa relación, aquella que te despedaza y hace que existan dos tú: uno antes y uno después de esa persona.

Su nombre era Victoria y estuvimos juntos por casi seis años. La conocí en una sesión de fotos, su agente era una gran amiga mía y desde que la vi supe que era la mujer con quien quería pasar el resto de mi vida, cosa que por supuesto no sucedió. Al principio de nuestra relación todo era mágico y los horarios y viajes parecían ser insignificantes.

Podíamos pasar meses sin vernos y en el momento en que nos encontrábamos nada parecía haber cambiado. Incluso, en el mundo en el que me desenvolvía, con miles de mujeres hermosas cerca y sexo casual a la vuelta de la esquina, nunca quise hacer nada con nadie mientras estaba con Victoria. Con ella me sentía como con nadie nunca me había sentido.

Aunque casi no nos veíamos compartíamos un apartamento en Madrid donde nos encontrábamos cada oportunidad que teníamos y era nuestra especie de hogar. Nunca hablamos de matrimonio, mucho menos de una familia, ni siquiera pensábamos en comprarnos una mascota. Nuestros horarios eran demasiado estrictos y ambos amábamos nuestro trabajo incluso más de lo que nos amábamos el uno al otro.

Los años pasaron y con el tiempo nuestra relación se desmoronó, la confianza era escasa y el cariño ya no era el mismo, así que decidimos dejar las cosas como

estaban y seguir cada quien su camino. El golpe fue duro para mí y solo pude notarlo una vez que ella no estaba.

Creo que siempre fui ese tipo de hombres que daba por sentado su relación y, por amar tanto su trabajo, nunca le dedicó un poco más. Debía salir de ese ambiente, es por eso que me mudé a Ibiza y me postulé para el trabajo en la agencia, el cual gracias a mi extenso currículum en diferentes agencias fue muy fácil de conseguir.

Era un hombre reconocido en la industria, lo suficiente para tener ocho ofertas de trabajo de distintas agencias alrededor del mundo, pero me gustaba Ibiza y su gente, el lugar me calmaba. Luego de mi ruptura el éxito se transformó en excesos, era un total mujeriego, pero siempre respeté mi trabajo.

Nunca salí con ninguna modelo a la cual representaba, ni siquiera con alguna de la misma agencia. Mis límites profesionales estaban bien marcados, sin embargo Ibiza era una isla de turismo y vaya que lo supe aprovechar. Perdí la cuenta de cuántas extranjeras habían pasado por mí, todas dejaban su número de teléfono el cual yo nunca volvía a ver más nunca en mi vida.

Eso fue una de las cosas que diferenció a Carmela. No sé por qué ese día en el aeropuerto me sentí tan atraído hacia ella, no sé por qué tuve un impulso a pedirle su número de teléfono si nunca lo hacía, y tampoco sé por qué ella se negó a dármelo. El inusual comportamiento llamó mi atención y el hecho de que ahora esta mujer, este huracán de mujer estuviese enfrente de mí tenía que significar algo.

Sabía que ella no era el tipo de mujer que buscaba compromisos, y yo no era el tipo de hombre que aún estaba dispuesto a uno, pero algo en ella me hacía desear más. Iba a ser duro para mí estar tan cerca y no poder besarla, no poder tocar su cuerpo, no poder fundirnos en uno solo hasta explotar de placer. La situación era complicada y no sabía si sería capaz de manejarlo, pero por supuesto debía hacer el intento.

Salimos del estacionamiento de la agencia y fuimos a un restaurante que me gustaba, *Paté*. La comida era increíble y me gustaba que fuese a orillas de la playa, el sonido de las olas me parecía relajante. Carmela tenía puesto un jean rasgado con una blusa blanca, con transparencias que dejaban observar una ropa interior de encaje negra que me provocaba a seguir mirando, a querer mirar más adentro.

Su altura se intensificaba con unos tacones negros de aguja que moldeaban su perfecta figura y lo más impactante que tenía era ese equilibrio perfecto en el rostro, esa capacidad de hacerte sentir que podía ser la mujer más tierna del mundo y al mismo tiempo una completa loca que voltearía tu mundo de cabeza.

Creo que era el flequillo.

Al llegar se detuvo a mirar el mar, como yo siempre lo hacía, solo que esta vez el mar era insignificante a su lado. Yo solo podía verla a ella, solo podía pensar en todo lo que quería hacerle. ¿Qué pasaba conmigo? Acababa de conocer a esta mujer. Literalmente, porque la persona que creí que era no era, así que era como empezar de cero.

El punto es que no podía dejar que nada más pasase entre nosotros, estaba mal y era inapropiado. Me convencería a mí mismo que habían millones de mujeres más allí afuera, que estaba siendo caprichoso y malcriado y solo quería tener aquello que sabía que no podía, el típico macho vernáculo.

Disfrazaba esto con una actitud irónica hacia ella, me intentaba mostrar profesional y serio, intentando hablar solo de temas laborales.

—¿Desde cuándo modelas?

—¿Acaso toda esa información no está ya en mi hoja de vida? Creo que alguien no ha hecho su tarea...

Me frustraba no poder evitar reírme de sus chistes y su manera cínica de ser. La verdad es que toda la información profesional que pudiese querer saber sobre Carmela estaba al alcance de mi computadora, pero no me interesaba, no quería conocer su vida profesional, quería conocerla a ella, a ella como persona.

—Si quieres que esto funcione tenemos que trabajar en equipo.

Volteó sus ojos y resopló, en señal de que yo estaba en lo correcto.

—Bueno. Vale, si. Tienes razón.

Conversamos mucho sobre su vida profesional y ambos nos mantuvimos al margen de hablar solo de eso, lo profesional. Conocí los diferentes agentes con los que había trabajado, las diferentes editoriales, los diferentes fotógrafos, en dos horas habíamos logrado resumir su carrera desde los inicios hasta la actualidad y ahora estábamos planeando una manera de impulsarla.

Me comentó sobre lo que quería hacer: el mercado europeo y cómo este era su gran sueño desde que era una niña. La verdad es que tenía mucho potencial e incluso yo podía observarlo, ya podía notar lo que Lorena había visto en ella y cómo no notarlo, era una mujer hermosa y talentosa, además de inteligente.

Pregunté un poco sobre su vida personal en relación al medio, si había tenido algún escándalo, alguna relación conflictiva, algún familiar resentido o cualquier cosa que pudiese perjudicar su carrera, eran detalles muy importantes en esta industria, pero se mantuvo muy al margen y negó cualquier posibilidad de ninguna de las anteriores.

Al menos pude confirmar que no estaba casada, ni con novio, ni con pretendientes. Esta mujer parecía estar enfocada totalmente en su carrera, no dejaba espacio para nada más. Me contó también sobre sus padres, su madre y su ex carrera de modelo y su padre ausente por muchos años.

Quizás por eso era tan fría en cuanto a sus relaciones personales, por el ejemplo que había tenido de su padre, o por miedo a sufrir, qué más da, quien sabe, yo estaba especulando sobre una persona a la que técnicamente acababa de conocer.

Así como ella me contó su historia, yo le conté la mía. Hablé sobre mi experiencia en el campo, mis estudios y años de trabajo que me habían posicionado en donde estaba hoy en día, esto la dejó enfocada y debo confesar que me hizo sentir muy bien. Me gustaba impresionarla, me gustaba sentir que yo le gustaba, no sé qué pasaba conmigo pero Carmela me enloquecía.

Después de comer fuimos de nuevo a la agencia, se realizó otra sesión de fotos y pude comprobar el lugar de Carmela en nuestra compañía, realmente era otra cosa frente a la cámara. Su manera de posar, su cuerpo, su actitud, eran dignas de una supermodelo. Ver a Carmela así me provocaba lanzarme encima de ella y quitarle la poca ropa que tenía encima. Su seguridad era algo despampanante.

La sesión se alargó, como todas las sesiones, tuve que salir a atender otros asuntos y para el momento que volví ya eran las ocho de la noche aproximadamente, justo cuando iba entrando a la agencia me tropecé con Carmela en la puerta.

—Estoy decepcionada. Mi agente me ha dejado sola en mi primera sesión de fotos.

Su voz intentaba denotar una tristeza muy sarcástica pero a la misma vez adorable.

—Lo siento Carmela, tenía que entregar algunos papeles y...

—No te preocupes. Me lo puedes recompensar llevándome a mi hotel. Pedro vino hace dos horas pero como aun no habíamos terminado tuvo que irse. Y la verdad es que no quisiera tomar un taxi.

—Eso... Es inaceptable. Pedro debería esperarte no importa la hora.

—¿De verdad eres ese tipo de jefe que no deja que sus empleados lleguen a cenar con sus familias?

—Ah... Ahora soy yo el malo.

—Pedro es un amor. Si le llegas a hacer algo te juro que te golpeo. Además yo misma le ordené irse.

Esta era la parte que me confundía, Carmela aparentaba ser confiada, fría, de

carácter fuerte, pero al mismo tiempo era una mujer tierna que no podía dejar de preocuparse por los demás. Empezaba a sospechar que el problema era sólo con los hombres. Me mantuve de pie mientras ya ella caminaba hacia el auto.

—¡Vamos! ¿O es que te vas a quedar todo el día allí parado?

Y sin que lo pidiese dos veces eché a andar. El camino al hotel fue rápido, Carmela no paraba de hablar de lo mucho que le encantaba Ibiza, decía que era como un paraíso y que deseaba conocer la playa y por supuesto tener una noche de parranda de las que la gente tanto hablaba. Se nos pasó el tiempo y al darnos cuenta ya estaba en el hotel.

—Bueno aquí me quedo yo.

La forma en que lo dijo sonaba como cuando no quieres despedirte, como cuando quieres que te persigan y se queden contigo hasta el fin del mundo.

—Muchas gracias por el aventón. ¿Nos vemos mañana?

Aún seguía en mi auto. Ella definitivamente no quería irse, pero yo tampoco podía detenerla. Esto no podía pasar.

—Si... Mañana. Adiós.

Me voltéé y encendí el motor en señal de arranque. Su cara un poco desconcertada, frunció un poco el ceño y se bajó del auto. Arranqué instintivamente, ni siquiera esperé a que atravesase la puerta de entrada. Fue solo unas cuerdas más adelante cuando me di cuenta que debía volver. Que la deseaba demasiado. Que me arrepentiría si no volvía y le hacía todas las cosas que quería hacerle, esas cosas que ya habíamos hecho en aquel baño del aeropuerto.

Todas esas que sabía que ella quería que le hiciese. Pasaron aproximadamente unos quince minutos, me estacioné y pregunté por su número de habitación. Subí y toqué la puerta esperé unos minutos. Toqué de nuevo.

La puerta se abrió y allí estaba, tal cual como la había dejado hace unos minutos, solo que ahora me miraba con esos enormes ojos escondidos en ese desordenado pero perfecto flequillo, moví la puerta delante de ella y tomé su rostro en mis manos para besarla salvajemente. Ella respondió al beso de la misma manera. Se separó para murmurar algo.

—No... No podemos.... Esto... Está mal.

Hubiese parado. Juro que me hubiese detenido. Pero al mismo tiempo que lo decía me seguía besando, su respiración seguía siendo entrecortada, su cuerpo aun quería más. La acerqué de nuevo hacia mí y ahora ella había tomado el control.

Me tumbó sobre la cama y se abalanzó sobre mí mientras se quitaba su blusa,

dejando en evidencia su sostén de encaje negro el cual ya había podido detallar más temprano. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó fuertemente mientras desabrochaba mi camisa. Ella también quería que esto sucediera.

Me volteé y ahora ella estaba debajo de mí. Sentí como su mano se introdujo en mis pantalones, desabrochándolos con rapidez. Mientras tanto yo ya había bajado sus ajustados pantalones, así que ambos estábamos ya en nuestra forma física más pura. Nos tocábamos con desesperación mientras nuestras lenguas batallaban a ver cual tenía el mayor acceso a nuestras bocas.

Lamía sus senos y esto la enloquecía, ella besaba mi oreja y mi cuello mientras apoyaba sus uñas en mi espalda, lo que a mí me enloquecía. Comenzamos esta guerra de poder, ambos queríamos tener el control, ambos estábamos locos por el otro. Tomó de nuevo la posición superior y se deslizó hasta mi pene, introduciéndolo suavemente en su boca de arriba abajo, yo disfrutaba la sensación y tomaba con firmeza su cabello guiándola en el ritmo que me gustaba.

Luego la senté sobre mi e introduje mi pene en la humedad de su sexo. La calentura era perfecta, la sensación al introducirlo fue gloriosa y ella lo sentía, le gustaba, se movía de arriba abajo, nuestras lenguas se entrelazaban y sus uñas aún afincadas a mi espalda, aumentando la presión para impulsar el agarre.

La tomé con ambas manos y la coloqué debajo de mí, ahora yo tenía el control, ahora yo podía ver todo ese magnífico cuerpo que me dejó deseando más en aquel baño de aeropuerto, aquel monumental cuerpo. Introduje nuevamente mi pene, ahora a mi ritmo, ahora con mayor profundidad, sus pechos brincaban, subí sus piernas y apretaba su culo mientras seguía penetrándola.

Sus gemidos aumentaban y su respiración se entrecortaba, me acercó a ella y gemía en mi oído, nos seguíamos besando, nos mordíamos los labios y nos mirábamos con deseo, dejando que nuestros cuerpos hablaran por nosotros, haciéndolo hasta reventar de placer.

CAPÍTULO V

Carmela

Ahora sí que la había cagado. No solo me había acostado con mi agente en el baño de un aeropuerto sin saber que era mi jefe, sino que ahora me había acostado con él en mi cuarto de hotel ya con conocimiento de que era mi jefe.

No sabía qué pasaba conmigo, pero Iván era irresistible, sus ojazos verdes y su tonificado cuerpo, era un asunto de otro mundo. Me había prometido a mi misma que iba a dejarlo ir, que había muchos hombres con los cuales podía tener sexo, pero no lo cumplí. Y vaya que no me arrepentía.

Luego de nuestro encuentro fortuito la noche anterior Iván y yo nos tumbamos en la cama, contemplándonos mutuamente, creo que inmersos en el sentimiento de culpa. Si, lo que hacíamos estaba mal, pero se sentía tan bien que no queríamos parar. Tuvimos sexo tres veces esa noche. Tres, no una, no dos, sino tres veces.

La primera fue en mi cama, luego en la bañera y por último en el balcón de la habitación. Estábamos siendo salvajes y no parecía importarnos, incluso no pareció importarnos luego de la primera vez cuando dijimos que no volveríamos a hacerlo.

Era masoquismo puro, el hecho de que yo podía tener todos los hombres que quisiese y el todas las mujeres que se le antojaran, era caprichoso el enfrascarnos el uno con el otro. Yo no era una mujer de compromisos, estoy segura que tampoco él y mucho menos en estas circunstancias laborales.

Me desperté y asistí a mi rutina de ejercicios habitual, luego desayuno y luego un baño, para las 8:15 ya estaba abajo esperando que Pedro me recoja para ir a la agencia, hoy tendríamos algunas sesiones de foto allí y luego iríamos a la playa a tomar otras.

Estaba realmente emocionada, la playa me encantaba y más cuando se debía a motivos de trabajo, podía interactuar con el agua y mi piel bronceada tomaba un brillo inigualable.

Después de algunos minutos vi llegar el auto de mi carismático chofer, debo admitir que comenzar mis mañanas con Pedro era justo lo necesario para arrancar el día con energía, sus chistes y sus historias eran motivadoras y era un hombre realmente genuino y de gran corazón, aunque tenía solo días conociéndolo lo sentía.

Durante el trayecto Pedro me contó sobre su hija menor, tenía seis años y había

sido diagnosticada con leucemia, el relato fue bastante sorprendente pero lo más impresionante fue lo que me contó luego.

Comentó que cuando el tratamiento de su hija se intensificó los gastos fueron incrementando, a su esposa y a él se les hacía difícil costearlos y en ocasiones tuvo que trabajar días completos sin parar para poder siquiera alcanzar la mitad de los pagos, cuando todo esto sucedió Iván acababa de llegar a la agencia, lo conocía muy poco y Pedro se encargaba de llevarlo y traerlo a donde necesitase.

Una mañana Pedro se retrasó por llevar a su hija a la emergencia, había tenido un fuerte episodio y necesitaba ayuda con urgencia, Iván por supuesto le pidió una explicación de su retraso laboral, siempre tan controlador y perfeccionista (el típico jefe insoportable), Pedro muy apenado le contó lo sucedido e Iván inmediatamente tomó su chequera donde escribió un monto exorbitante y se lo entregó.

—Me estiró el sobre y me dijo “*Toma Pedro, esto es para tu familia*”. Por supuesto que no podía aceptarlo Señorita, se lo intenté devolver mil veces, estaba sumamente apenado, pero me dijo que si no lo aceptaba él mismo iba a despedirme. Fue un gesto increíble, con su aporte pudimos pagar todos los tratamientos de mi niña por un año entero.

El testimonio de Pedro realmente era de admirar. Su hija ahora estaba en perfectas condiciones de salud, Iván no solo había ayudado a Pedro con los gastos, sino que le ayudó a comprar una casa cerca del hospital y hasta inscribió a su hija en su seguro médico para cualquier emergencia. ¿Por qué alguien haría esto por un simple empleado?... Iván parecía tener un corazón de oro.

—El señor Iván fue un ángel... El es así sabe, es una roca por fuera pero por dentro es realmente dulce, es desinteresado... El mundo necesita más personas como él.

A eso me oponía, más hombres como Iván y me encontrarían loca en un manicomio, porque no podría soportar tanta belleza. No era posible que un hombre tan hermoso fuera también tan humano y encantador. Algo debía haber malo, y si no lo había pues yo me encargaría de averiguarlo, porque no podía soportarlo, porque le tenía miedo al compromiso y no podía establecerme con él ni con nadie.

Porque temía a ser lastimada y por eso siempre lastimaba yo primero. Mi forma de ser en el amor era egoísta, era todo lo contrario a mi forma de ser en general. Era una persona caritativa, amorosa, que daba todo por los demás, sincera y dispuesta a tratar como me gustaría ser tratada, pero cuando se trataba del amor olvidaba todo esto y estoy segura que Iván no sería la excepción.

¿A qué le temía tanto... Sería al hecho de no poder estar con más hombres en toda mi vida?... No podía ser, ser novia de alguien no quería decir que estábamos casados... pero tampoco podía estar con más hombres, porque sería ser infiel... O acaso sería por el hecho de estar con una persona que conociera todos mis defectos y virtudes, que conociese lo suficientemente bien mis puntos débiles para aprovecharse de ellos.

Estaba realmente jodida y sin querer cambiar. Sabía que el trabajo era una fachada en la que me concentraba para evitar pensar en mi miserable vida sentimental, pero no tenía otra opción, aún no estaba dispuesta a afrontar mis miedos. Eso era lo que más temía de estar cerca de Iván, que en el fondo sabía que no iba a poder controlarme y que tarde o temprano cedería.

Llegamos a la agencia y allí estaba. Con su perfecta ropa entallada a su definido cuerpo, con sus ojos verdes que perforaban cada libra de mi, cada espacio de mi cuerpo, esos ojos que se encontraban con los míos y el mundo se detenía, esos ojos que tenían el deseo de ser queridos, de ser apreciados, de ser adorados por alguien de la manera en que ellos también podían adorar.

No me importaba el pasado de Iván, yo sólo quería quererlo, quería abrazarlo y decirle que todo estaría bien, este sentimiento era extraño, nunca había sentido tanto compromiso sin siquiera tener un compromiso, la Carmela del pasado me golpearía y se burlaría de mí, pero la Carmela del presente solo quería estar con él.

No podía dejar de mirarlo y cada vez que lo miraba el me estaba viendo a mi también, era sumamente extraño, pero un extraño bueno, un extraño de esos que te hacían sentir bien, emocionada, un extraño de esos cuando sabes que algo bueno está por suceder.

Saludé a todos; Lorena, Johnny; el fotógrafo y Nery; la estilista. Iván se encontraba en su oficina, estaba justo al lado de la de Lorena y estaban divididos por una pared de cristal que permitía ver todo.

A algunos metros de su escritorio estaba el escritorio de Juan, otro agente de la compañía que no había podido conocer porque se encontraba fuera del país en un importante *scouting* por Inglaterra, aparentemente su cargo era igual de significativo que el de Iván, a diferencia que él no se había acostado con alguna de sus modelos, o al menos eso creía.

Iván hablaba por teléfono y unos minutos después salió a saludarme.

—Qué pena Carmela, lo siento mucho, llamadas de negocios. Te presento a...

—Ya nos hemos presentado. Soy muy proactiva Jefe.

Todos sonrieron con amabilidad. Iván con picardía.

—Pues vaya chicos, ¿qué es lo que hago aquí entonces?

—Ser mi asistente personal.

Todos rieron de nuevo.

—Pero vaya que alguien ha amanecido de buen humor hoy. A ver, a lo que nos interesa, Nery y Johnny van a ser tus mejores amigos hoy. Sesión aquí y después en la playa, como te comenté ayer.

—Si. Claro. Recuerdo perfectamente lo que comentamos ayer.

Sus ojos se entreabrieron, no sé por qué estaba haciendo esto pero el juego era imparable. Iván clarificó su garganta.

—Perfecto. Pues entonces yo los dejo. Confío en ustedes chicos, estas fotos queremos enviarlas para la nueva campaña de *Nivea*, es una gran oportunidad... Apenas pueda me paso.

Se alejó mientras su teléfono repicaba y ya se preparaba para atenderlo. Pedro observaba todo desde una esquina. Me miró y sonrió alzando una ceja.

—¿Qué pasa, Pedro?

Su risa fue burlona, con ímpetu de saber algo.

—Ay señorita... He visto esa mirada. Esas miradas mejor dicho...

Mi cara se ruborizó. Mi expresión fue de sorpresa.

—No sé de qué hablas Pedro. Tú y tus chistes.

Pedro entendió mi pena y echó una risa de nuevo. Se volteó y murmuró alguna cosa que seguramente se refería a mi mala capacidad para decir mentiras. ¿Acaso era tan obvio que hasta Pedro se dio cuenta de lo que sentía por Iván? Necesitaba ya parar, pero la pregunta era cómo. Lo vería siempre, siempre caería en su juego y él en el mío, y no sabía si este lo iba a poder ganar.

La preparación empezó, era para una marca de accesorios muy reconocida, los representantes de la marca llegaron, me vieron y se sintieron satisfechos con el resultado. Me sentí bastante confiada pero nerviosa al mismo tiempo, nunca había trabajado con clientes europeos. Empezaron a probarme algunos de las piezas, cada una más hermosa que la otra, eran una verdadera obra de arte.

Debo confesar que mientras posaba miraba alrededor a ver si Iván estaba cerca, esto estaba mal, tenía que concentrarme en la sesión. Me repetía a mi misma *déjalo ir y trabaja* y seguía en lo mío.

Me gustaban las sesiones de foto porque podía transmitir algo, pero una foto perduraba en el tiempo, una foto se podía retocar, una foto se componía de lo que

el fotógrafo quería mostrar, todo lo contrario de las pasarelas, en las pasarelas te valías por ti sola, no había un editor, no había margen de error, solo el momento y lo que hacías. Era realmente desafiante y esa adrenalina y esa emoción era lo que te hacía mostrar de qué estabas hecha.

La sesión en la agencia terminó y Pedro ya nos esperaba abajo para llevarnos hasta la locación próxima, que sería en la *Playa D' En Bossa*, la playa más famosa de toda la isla. 2 kilómetros completos de arena blanca y agua turquesa, palmeras dispersadas y un sol radiante. Había oído hablar del lugar en múltiples programas turísticos porque era bastante conocida, pero nada se comparaba a estar allí en persona.

Cuando llegamos pude admirar el paisaje y se sentía como un sueño. La brisa del mar, el sonido de las leves olas, era algo de otro mundo. Bajamos del auto y echamos a andar, el fotógrafo se acercó a preparar algunas cosas, buscar las mejores locaciones, yo me quedé en la furgoneta con Nery, ya estaba acostumbrada a arreglarme y vestirme en autos, pude notar que algunos turistas estaban cerca, me cubrí un poco para que no pudiesen verme pero realmente no me importaba.

Era modelo, vendía mi cuerpo y la desnudez era parte de ello. Nunca fui de esas modelos que lo consideraban un tabú, para mí era algo completamente natural. Tendría varios cambios de trajes de baño. El primero era un modelo de dos piezas, bastante pequeño, en un color vino tinto con algunos encajes de piedras, eran de una diseñadora local que buscaba impulsar su marca. Iniciamos la sesión y era bastante básico, no había mucha producción de luces o escenografía, éramos solo el fotógrafo y yo.

Mientras posaba me pidió que entrara un poco al agua, que jugara con ella y la arena. Me encantó la idea no solo porque las fotos se verían increíbles, sino porque me encantaba la playa. Entré y dejé que el agua corriera por mi cuerpo, pasaba mis manos y resbalosas por el aceite corporal se hacía más fácil cambiar de poses. Estaba concentrada y por el sol se me hacía difícil mirar hacia el frente.

Sentía como el agua salada cubría mi cuerpo, estaba fría y refrescante. La playa me hacía sentir inspirada y mis poses fueron cambiando con mayor rapidez y coordinación, el fotógrafo se mostraba complacido.

A lo lejos pude ver alguien acercándose, una figura alta que pude reconocer de inmediato, era Iván, tan perfecto como siempre, lo que llamó mi atención era que estaba al lado de alguien que lo acompañaba, era otro hombre igual de alto y bastante guapo, no tanto como él, pero si muy, muy guapo, conversaban sobre algo de negocios, no podía mirar muy bien porque el fotógrafo aun se enfocaba en mí,

pero sentía como ambos me miraban mientras hablaban. Johnny indicó una pausa y Nery se acercó con una toalla. Caminé lejos del agua y mi vista se aclaró un poco.

—¿Quién es ese que está con Iván?

Mi curiosidad se activó y pregunté a Nery.

—Es Juan, otro agente de la empresa.

Claro, había escuchado de él anteriormente, pero no pensé que regresaría tan rápido. Me acerqué a la furgoneta y pasé por el frente de los dos apuestos hombres, sonreí con amabilidad. El recién llegado se acercó a saludarme.

—Bueno, debo decir que la agencia se ha lucido con esta adquisición. Mi nombre es Juan Sastros, agente.

Estiró su mano hacia mí y sentí como sus ojos se posaban en todas las zonas de mi cuerpo, especialmente las más descubiertas. Me incomodé un poco, intenté que no se notara.

—Mucho gusto y muchas gracias. Carmela Valero.

Tomó mi mano entre las suyas y la frotó con suavidad, el toqueteo pretendía ser casual pero se sintió bastante invasivo. Este hombre me desnudaba con la mirada, y no de la manera sensual que a una mujer podría gustarle, sino de la manera de depravado sexual que buscaba llevar a la cama a todas sus modelos.

—Hermoso nombre. Haciendo justicia al hermoso físico.

Sonreí de nuevo, aun pretendiendo amabilidad. Noté en el fondo a Iván y cómo compartíamos la misma incomodidad, aunque la suya parecía más por celos que por cualquier otra cosa. Se acercó a su amigo y lo tomó por un hombro, apretándolo con firmeza.

—Hora de irnos Juan, Lorena nos aguarda en la oficina.

Su voz era cortante.

—Siempre tan aguafiestas. No me dejas contemplar esta hermosa belleza. Nos veremos luego guapa.

Guiñó su ojo y me miró, nuevamente, de arriba abajo. Iván mantenía su expresión seria. Ahora con su amigo lejos se acercó a mí y su expresión había cambiado.

—He visto las tomas, están increíbles. Realmente estamos muy emocionados con los resultados.

Me sonrojé un poco. Sonreí. Me hizo muy feliz escuchar eso. En realidad no me hizo feliz escuchar eso, me hizo feliz escucharlo de él.

—Muchas gracias. Esto es un sueño hecho realidad. Muchas gracias de verdad.

—No tienes nada que agradecerme. Este trabajo es cien por ciento tuyo, yo solo ayudo a guiarte en el proceso.

Una corneta retumbó nuestros oídos. Ahora Juan se vengaba de su amigo.

—Joder... Ya debo irme. Nos veremos luego en la oficina.

Se alejó de espaldas, aún mirándome. Sonriendo y negando con la cabeza. Lo miré con duda.

—¿Qué pasa?

Rió de nuevo, siguió negando con la cabeza.

—Nada. Joder.

No me quedó de otra que sonreír de vuelta. Sin ninguna razón, solo sonreí. Volteé y de nuevo Pedro miraba. Mi sonrisa se cortó y ahora él reía a carcajadas y me señalaba. El momento fue realmente gracioso. Iván y yo estábamos en serios problemas y sin intención alguna de evitarlos.

Llegué a la agencia más cansada de lo normal. La sesión en la playa había durado seis horas, por lo que terminamos casi al anochecer, lo que hizo las fotos incluso más hermosas. Aunque me sentía exhausta disfrutaba lo que hacía y los paisajes que había podido admirar.

Cuando llegamos subí a la oficina de Lorena a recibir algunas llamadas de otros clientes que querían hablar conmigo y conocerme un poco. Las relaciones laborales se me daban muy bien y mi capacidad para enganchar a los clientes era tan buena como la parte física, algo que siempre me había complementado.

Miré alrededor y podía ver a Iván y Juan en sus oficinas, ambos muy ocupados para siquiera notar mi presencia y yo pretendía estar igual de entretenida, no quería que Iván pensase que estaba pendiente de él todo el tiempo, aunque si lo estaba, a quién quería engañar.

Las conversaciones se extendieron y luego tuve que asistir a la edición de las fotos con Johnny y Lorena, vimos el resultado y era realmente fantástico. Entre una cosa y otra se hizo de noche y yo solo quería llegar a mi habitación de hotel a bañarme.

El agua salada y restos de aceite en mi cuerpo ya se hacía incómodo. A eso de las nueve nos desocupamos y ya Pedro me aguardaba en el lobby. Mientras recogía mis cosas y me dirigía al elevador pude escuchar mi nombre.

—¡Carmela, espera!

Al voltear vi que Iván se acercaba con rapidez.

—Iván, hola. Casi me pierdes. Ya iba de salida.

—Si, si, lo imaginé.

Asentí y esperé unos segundos a escuchar lo que quería decirme. Solo me miraba y ninguna palabra salía de su boca. Sus ojos lo eran todo, la manera en que me miraba, la manera en que sus labios se movían al decir mi nombre, era irresistible, se me hacía tan difícil no lanzarme sobre él y besarlo. ¿Acaso el sentía lo mismo por mí... acaso el me miraba de esa manera porque sentía las mismas ganas que yo de besarme?

—¿Ha pasado algo?... ¿Necesitas que me quede para algo más?

—No, no. Disculpa. ¿Ya te vas al hotel?

—Pues... sí, estoy un poco cansada.

—¿Qué tan cansada?

Sonreí y mordí mis labios. Su pregunta era más una propuesta. No sabía lo que tenía en mente pero en mi mente ya yo había dicho que sí, sí a lo que fuese, sí a todo.

—¿Qué propones?

—Pues... Hoy es viernes. Y estás en Ibiza. Solo pienso que sería una lástima desperdiciar el lugar... o el momento...

Se acercó y me tomó por la cintura, susurrando a mi oído.

—... O la compañía.

No podía parar de sonreír, el cansancio automáticamente se había borrado de mi cuerpo y ahora tenía la energía de una adolescente de 13 años. Miré a los lados para asegurarme que nadie nos veía. Luego susurré.

—Recógeme en el hotel. En dos horas.

Giré y entré al elevador, que llevaba horas esperando allí. Si el elevador hablara... Iván me miró, guiñó el ojo y echó a andar de nuevo a su oficina.

CAPÍTULO VI

La sonrisa no se borraba de mi rostro. Había pasado mucho desde que me sentía así de emocionada por algo más que no fuese mi trabajo, o mejor dicho por alguien más. Estaba enamorándome de Iván con la sutileza justa para siquiera darme cuenta de ello, para siquiera ver cómo esto podía afectarme a mí, a él, a nuestros trabajos, era la sutileza justa con la que te lanzas al abismo sin importar cuán fuerte te golpearás, solo porque la vista y a la sensación son increíbles.

Llegué al hotel y me bañé tan rápido como pude, quería hacerlo desde hace casi cuatro horas. Entré al baño y me desvestí, la ropa estaba llena de arena y el olor a playa inundó el espacio. Sacudí mi cabello para que también se desprendiera de los restos de la sesión. Entré a la ducha y el agua tibia estaba en la perfecta temperatura.

El baño fue rápido por la emoción de no saber qué ponerme, o la emoción de ver a Iván una vez más, la emoción de cualquier cosa que estuviese relacionada con él. Parecía una persona totalmente diferente, pero en el fondo aun se resistía aquella parte de mí que no veía esta historia como algo que pudiese funcionar.

Cerré la llave y salí de la regadera, froté crema en mis manos y las pasé por mi cuerpo mojado, luego sacudí mi cabello y lo peiné con delicadeza, pasando un secador por encima para hacerlo lucir mejor. Salí y busqué cosas en mi maleta, intentando escoger qué podría usar.

Aun no había desempacado nada, la verdad es que el tiempo y las ganas me faltaban, casi todo estaba arrugado y lucía desaliñado, gracias a dios en la habitación había una plancha al vapor, de esas móviles que aparecen en la televisión. Nunca había usado una pero este era el momento ideal para aprender. Escogí un vestido azul, de tela suave y moldeado al cuerpo, lo sostuve con un cinturón dorado que hacía verlo más estilizado.

Lo combiné con unas sandalias doradas de tacón alto pero no tan pronunciado, no quería estar incómoda toda la noche, especialmente si no sabía a dónde íbamos ni a qué íbamos tampoco.

Me coloqué unos pequeños brillantes rojos que me habían obsequiado de la sesión de fotos de los accesorios que había hecho hace algunos días y una cadena con la medalla de la Virgen de Guadalupe, siempre la utilizaba en los momentos que me sentía nerviosa, sentía que me protegía aunque no era una persona muy religiosa, mi relación con Dios era solo entre él y yo, lo cual mi madre siempre había criticado, y a mí no me importaba en lo absoluto.

Arreglé mi cabello, le hice algunas ondas y lo dejé suelto, me maquillé muy sutilmente y rocié mi perfume favorito en cada zona que pude. Esta preparación era muy básica, casi lo mismo que podía tardarme todos los días arreglándome, nada fuera de lo común, pero esta vez era diferente, era como si me estuviese vistiendo para ver al amor de mi vida, o al menos eso sentía.

A eso de las 10:15 ya estaba lista y bajé al lobby, pensé que esperaría algunos minutos o que quizás Iván iba a retrasarse por cualquier asunto, pero apenas las puertas del elevador se abrieron allí estaba, nuestros ojos se cruzaron y la noche oficialmente acababa de comenzar.

Pude notar que no vestía su acostumbrado y serio traje, esta vez traía un par de vaqueros ajustados, una franela cuello en V gris oscura y unas botas negras. Se veía aun mejor que con un traje y solo usaba ropa común, o yo estaba loca o este hombre era otro caso de irresistible. Caminé hacia donde estaba.

—Qué casual. Ya casi ni te conocía.

—Mmm. Deportivo sí, casual nunca.

Solté una risa suave, burlona.

—Bueno señorita, ¿está lista para conocer la isla?

—Más que lista.

Se acercó y señaló la puerta.

—Por aquí, por favor.

Me sorprendí al ver que su auto no estaba y en su lugar había uno mucho más pequeño, rojo, convertible y con un toque bastante vintage, intenté adivinar la marca, pero como no sé nada sobre autos preferí no intentar, parecía sacado de una película.

—Te presento a mi más preciada adquisición. Mi *Mustang* del 67'. Se llama Max. Era de mi abuelo, luego de mi padre, ahora es mío y solo lo utilizo en ocasiones especiales.

Abrió la puerta para mí y la sostuvo para que entrase al adorado vehículo.

—Así que debes saber que eres especial.

Sus palabras me atravesaron. “Era especial” y no sabía cómo sentirme al respecto, este era el momento en que debía estar brincando en un pie y muriendo de felicidad, pero más bien me sentía asustada. Tragué profundo y sonreí amablemente. El entró al auto y echamos a andar.

—Y bueno, ¿a dónde me llevas?

—¿Trajiste tus zapatos de baile?

—Soy modelo. Todos mis zapatos son mis zapatos de baile.

—Joder, casi lo olvidaba. Entonces, modelo, ¿ya tienes agente? Conozco de alguien genial.

Ambos reímos a carcajadas. Nos detuvimos en una luz roja y sus ojos se posaron sobre los míos. Su cara era incierta, como aquel que quiere decir algo y no puede o no quiere, me miraba fijamente, tal como aquella vez en la playa.

—¿Qué?

Lo miraba anonadada, igual que él a mí, porque su rostro me dejaba sin palabras y porque quizás sentía miedo, justo como él, de decir lo que de verdad quería decir.

—Nada. Es solo que... Eres hermosa.

Miré hacia el frente con nerviosismo. Volví a mirarlo cuando habló de nuevo.

—Sé que te lo deben decir mucho, y digo, cómo no te lo dirían, pero pensé que no estaba de más decirlo.

Me acerqué y besé su mejilla.

—Gracias.

Siguió manejando y pude notar la decepción en su cara. Sé que esperaba que dijese algo más, algo que dejase ver cómo me sentía yo también, pero no podía hacerlo. No quería que esto arruinase la noche así que subí el volumen a la radio, sonaba alguna canción movida, de esas que estarían de moda en el lugar. Me miró sonriendo. Ya habíamos llegado al sitio y la música retumbaba, a lo lejos se veía como una discoteca inmensa, con muchas luces y colores.

—Veo que estás muy animada. Te gustará el lugar.

—Solo quiero bailar. Debemos bailar hasta que nos sangren los pies.

Negó con la cabeza y rió.

—¿No me digas que no sabes bailar? Joder...

—Soy el mejor bailarín de toda la isla. Te lo demostraré.

—¡Ja! Eso sí que debo verlo. Tienes pinta de ser un terrible compañero de baile.

Me miró fijamente, con su mirada matadora, esa que me hacía enloquecer. El auto se detuvo en el puesto que exitosamente consiguió.

—No creo que no te gusten mis movimientos.

Su mano se colocó en mi pierna y fue subiendo, pasando por debajo de mi vestido hasta llegar a mi cadera, la apretó con firmeza. Sus labios se acercaron a los míos y en un suave beso nuestras lenguas se tocaron, su mano aún seguía en mi cadera y

ahora se deslizaba hacia abajo.

—¿Es este un mal movimiento?

Susurraba a mi oído y lo besaba suavemente, bajando por mi cuello, mi pecho, su mano ahora frotaba mi sexo por encima de mi ropa interior, sus dedos se movían de arriba abajo con delicadeza. Empezaba a mojarme. Quería responder su pregunta pero ni siquiera podía pensar, estaba dejándome llevar. Escuchamos algún ruido y su mano se detuvo y la sacó de donde estaba.

—Es una lástima que no haya podido mostrarte el resto de mis movimientos.

—La noche es joven.

Me bajé del auto y cerré la puerta detrás de mí.

—¿Qué esperas? ¡Vamos!

Me miró y negó con la cabeza de nuevo sonriendo. Se bajó del auto y ambos caminamos en dirección a la entrada del lugar, acomodando nuestras ropas para vernos presentables, intentando esconder lo que acababa de pasar.

El lugar era hermoso. Al entrar había una enorme fila de personas las cuales ignoramos, Iván conocía al chico de la puerta y aparentemente a medio club, aproximadamente diez personas se acercaron a saludarlo.

Entramos y me condujo directamente al bar. La música sonaba, la gente bailaba sin parar y yo sentía la vibra, no había fiesteado en tanto tiempo. Tampoco había fiesteado sola con un hombre, al menos no con uno por el que sintiese algo. Ordenó dos tragos de algo cuyo nombre no pude escuchar. El mesonero entregó dos copas de un líquido vino tinto con trozos de frutas sumergidas en él.

—Sangría española. El mejor trago del mundo.

Tomé el trago y di un sorbo. Estaba delicioso y refrescante, algo fuerte también.

—Muy bueno. Pero el mejor trago del mundo es el tequila.

El camarero estuvo de acuerdo conmigo señalándome y asintiendo con la cabeza, asumo que también era mexicano. Sirvió dos tragos pequeños de tequila y los colocó en la barra entre Iván y yo. Guiñó el ojo.

—Cortesía de la casa.

Iván me miró con desagrado amistoso, de esa forma en que quería estar molesto conmigo pero no podía estarlo. Nos tomamos los pequeños tragos de un solo sorbo, luego terminamos nuestras sangrías y pedimos algunas más, después de cuatro tragos y conversaciones sobre la vida me tomó de la mano, arrastrándome a la pista de baile, la gente se movía con rapidez, sonaba una música rápida pero con ritmo sensual, un sonido tropical que te obligaba a bailar, como una especie

de *reggaeton* suave.

Apenas tocamos la poblada estación de baile Iván me tomó por la cadera y me acercó a él, empezamos a bailar suavemente. Nuestros cuerpos se tocaban con suavidad y un poco de pena, como si fuera la primera vez que lo hacían, porque era la primera vez que lo hacíamos en público.

No nos importó nada más, la adrenalina del alcohol ya corría por nuestra sangre y fue el impulso perfecto para dejarnos llevar. Me volteé y ahora en mi cuello rozaba su barbilla y mi espalda baja se contorneaba al mismo ritmo que su cintura, sus manos aun en mis caderas guiando el movimiento, coloqué mis manos sobre las suyas entrelazadas en un poderoso nudo. Se acercó a mi oreja para susurrar algo, algo que se me hizo difícil escuchar por tanto ruido.

—Todos los hombres aquí se mueren por ti.

Me coloqué de frente a él y sonreí.

—¿Y qué sentirá el que está bailando conmigo?

Puso sus manos a mi cintura y me pegó a él con fuerza. Ahora sentí como su pene se endurecía, afincándolo en mi cadera, sus manos bajaban ahora hasta mi culo y lo agarraba con firmeza, las mías estaban amarradas a su cuello. Me sonrojé un poco, pero no quería que nos alejáramos, esta cercanía era perfecta, era sensual como la música que sonaba.

—Pues yo diría que lo traes loco.

Me acerqué con más fuerza hacia él y puse mis labios sobre los suyos, nuestras lenguas humedecidas se tocaban desenfrenadamente, nuestros cuerpos se movían suavemente al ritmo de la música, rozando nuestros sexos sin pudor.

Sus manos tomaban mi rostro con fuerza y las mías apretaban su cabello con gentileza, mordía mi labio inferior y luego yo el suyo, en un juego de poder y sensualidad, nuestros alientos a licor y nuestros acalorados cuerpos no resistían más, sentía que quería tenerlo allí mismo, en medio de la pista de baile, en frente a todos, no me importaba nada y a él tampoco pareciese importarle mucho, nos seguimos besando con locura.

—Vámonos de aquí.

Tomó mi mano y salimos del lugar tan rápido como pudimos.

Entramos al auto y los besos continuaron, ahora con mucha más libertad, nuestras manos tocaban los sexos de cada uno, sus dedos en mi humedecido clítoris, se resbalaban y entraban y salían con suavidad, mi mano dentro de sus pantalones agarrando su pene con fuerza, frotándolo de arriba abajo, sintiendo su firmeza, nuestras respiraciones se entrecortaban y parábamos los besos para gemir en voz

baja, sentí el deseo de ir más allá y bajé sus pantalones un poco, justo lo necesario para sacar su pene y poder introducirlo en mi boca.

Lo besé con suavidad mientras seguía tocándolo, poco a poco fui introduciéndolo, lamiéndolo, incluso mordisqueándolo suavemente, veía como Iván se estremecía de placer, esto me inspiraba a darle más, a meterlo más a fondo en mi boca, a lamerlo con mayor rapidez, a desearlo dentro de mí, sus manos se amarraban de mi cabello y sus ojos se enfocaban en los míos, le gustaba verme hacerlo, le gustaba ver como chupaba su pene.

Me tomó por ambos brazos y me cargó para colocarme encima de él, bajó mi ropa interior y empujó su pene contra mí, haciéndolo entrar perfectamente.

Empecé a moverme con rapidez, Iván agarraba mi culo con ambas manos y lo hacía al ritmo en que quería que me moviera, sus manos eran grandes y firmes en el agarre, esto me excitaba, en ocasiones me nalgueaba y me apretaba con mayor fuerza, yo me movía más rápido, haciendo que su pene entrara más y más al fondo, él tocaba mi clítoris con sus dedos mientras me penetraba, era deliciosa la sensación de placer doble, me acercaba a él y besaba su cuello, subía por sus orejas, llegaba hasta sus labios y luego él hacía el mismo recorrido.

Al llegar a mi pecho desabrochó mi vestido y sacó mis senos, empezó a chuparlos suavemente, los tomaba con ambas manos y los lamía, mientras lo hacía me miraba, me gustaba que me mirase mientras lo hacía, me hacía sentir tan excitada, me movía más rápido, sus manos se afincaban en mi culo nuevamente, me movía más rápido, más y más, haciéndome saber que ya estaba por venirse, se vendría dentro de mí, me gustaba como se sentía, me movía más rápido, gemía, gemía más y más, me agarraba de su marcada espalda para impulsarme, gemía, me movía de arriba abajo, hasta que sentí la calentura dentro de mí, mis movimientos fueron siendo más lentos, más suaves, y luego me separé de él, me coloqué en el asiento de al lado, ambos nos miramos observando nuestros cansados cuerpos y nuestras entrecortadas respiraciones, disfrutando lo que acababa de suceder. Miró a los lados, preocupado porque alguien podría habernos visto.

—Nosotros y nuestro fetiche por los lugares públicos.

CAPÍTULO VII

El camino al hotel fue silencioso. A pesar de que acabábamos de comernos el uno al otro yo sentía una especie de vacío, algo que me hacía desear más. Sabía que lo nuestro era prohibido, pero no podía dejar de desearlo, y no era solo sexo, era mucho más.

Sentía una conexión con Iván, ni siquiera me importaba si él también la sentía, yo solo quería hacérselo saber, quería decírselo, quería que el supiera que estaba dispuesta a dejarlo todo por él, por una vida juntos, decirle que era la única persona con la que había querido involucrarme, con la que estaba segura de que no me importaría perder mi trabajo soñado, perder lo que había querido toda mi vida, porque sabía que una persona que me hiciese sentir lo que él me hacía sentir sería mucho más difícil de encontrar que un nuevo contrato con otra agencia, no sabía si era tan simple para él, pero quería arriesgarme.

Los pensamientos me atacaban y no podía contenerme, pero respiraba profundo pues sabía que no era una buena idea, que no podía arriesgarme a algo tan rápido, tan imprevisto, tan inmaduro, no debía comportarme como una niña de diez años que piensa que puede obtener todo lo que desea, aunque desde que lo conocí me comportaba tal como una.

Iván no decía nada, al igual que yo, quería que me dijera algo, quería saber cómo se sentía al respecto, pero tampoco era justo presionarlo de esa manera. Llegamos a la entrada del hotel, todavía nadie decía nada. Lo miré, esperando a que alguna palabra saliera de su boca, miré hacia la puerta del hotel.

—Bueno, acá me quedo yo.

Los botones del auto se abrieron, en señal de que debía bajarme, estaba un poco confundida. Lo miré con desagrado.

—Un adiós podría ser suficiente, no tienes que botarme de tu auto.

—¿De qué estás hablando?

—No me has hablado desde que salimos del lugar y ahora me traes a mi hotel y ni siquiera te despides.

—Ni siquiera me has deja...

—¡Ahora es mi culpa! Soy yo quien no te ha dejado decir nada. Vete a la mierda Iván, estoy cansada de esperar por ti.

—¿Esperar... esperar por qué?

Volteé mis ojos, me bajé del auto y cerré la puerta con fuerza. Estaba realmente molesta. Le di la espalda y eché a andar para entrar al hotel, escuché que su puerta se abrió y se cerró pero no me importó, luego su voz gritó.

—¿Por qué no puedes aceptarlo?

Caminé más lento, quería detenerme a escucharlo pero mi orgullo no me dejaba.

—¿Por qué no aceptas que estás tan enamorada de mí como yo de ti?

Ya no gritaba, ahora su voz sonaba más cerca, quizás porque ya me había alcanzado. Yo ya estaba frente a él, sus ojos se encontraron con los míos.

—¿A qué le temes tanto?

Mis ojos se humedecieron, sus manos tomaron mi rostro con suavidad.

—Te quiero Carmela... Sé que suena loco y sé que no es correcto, sé que estamos jugando con fuego aquí pero no me importa... No me importa porque cambiaste mi vida desde que te conocí... Desde ese maldito momento en que te vi en ese aeropuerto... Supe que traerías problemas, supe que debía alejarme de ti... Pero el destino te trajo a mí... Tan cerca a mí... Y no pienso desaprovecharlo... No pienso dejarte ir.

Lo miraba con asombro, las lágrimas corrían por mi rostro.

—No sé si sientas lo mismo que yo por ti. Pero pienso que deberías darte la oportunidad... que deberías darnos una oportunidad. No voy a hacerte daño.

Sus manos limpiaban mis lágrimas mientras sostenía mi rostro en ellas. Sus ojos no se separaban de los míos.

—Jamás te haría daño... Jamás te haría sufrir.

Finalmente pude decirle algo.

—No... No podemos... Perderías tu trabajo...

—No me importa este trabajo, tengo un millón de ofertas más... Solo me importas tú.

—Yo... Yo también te quiero Iván, te he querido desde que te vi. Nunca había sentido algo así por nadie... Nunca había querido a alguien... No sé cómo funcionan estas cosas y no quiero que me lastimen. Si me lastimas te juro que...

—No... Nunca te lastimaría. Esto... esto que tenemos ha sido rápido, ha sido corto... pero es lo más real que he sentido en toda mi vida.

Mis manos se posaban sobre las suyas, nuestras frentes se tocaban y hablábamos con extrema cercanía.

Mis paredes se habían derrumbado y ahora nada me importaba, porque Iván sentía

lo mismo que yo, porque estaba dispuesto a arriesgarse como yo, porque quería estar conmigo tanto como yo quería estar con él, porque finalmente el amor había tocado de la manera correcta, de la manera inesperada, de la manera ideal, lo suficiente para yo haberlo dejado entrar, para haber dejado mis miedos, mis prejuicios y mis temores y poderme entregar a alguien, alguien que estaba dispuesto a hacer lo mismo por mí.

Nuestros labios se sellaron en un beso apasionado pero suave, justo, preciso, el primer beso sincero, ese que nos hacía saber que a pesar de ahora todo cambiaría, que nuestras vidas acababan de dar un giro inesperado, aquel que nos haría ser personas completamente diferentes.

Esa noche fue inolvidable. Iván y yo subimos a mi habitación y no nos importó el sexo ni la pasión, nos acostamos en la cama y comenzamos a planear lo que haríamos, era la primera vez que hacía planes con alguien. Me contó sobre su pasado, yo sobre el mío.

Ambos dejamos saber las razones por las que huíamos al compromiso, yo más que él, era increíble como ahora me sentía tan libre, era como si me hubiese quitado un peso enorme de encima. El tema del trabajo fue el más complicado.

—No quiero que dejes de modelar en la agencia, este ha sido tu sueño desde que eras una niña y joder... Vaya que lo mereces.

—No me importa la agencia Iván, solo quiero estar contigo. Si tengo que regresar a Nueva York sin un contrato europeo no me importa en lo más mínimo.

—No será necesario...

—¿A qué te refieres?

Hizo una pausa, se notaba nervioso por lo que iba a decirme. Ahora yo también estaba nerviosa.

—Esta mañana recibí una llamada de Tundra Models.

Tundra era la agencia más famosa en Nueva York, la agencia de los grandes, tenían contratos internacionales y eran la más conocida en todo Estados Unidos, era un privilegio para cualquiera del género trabajar allí.

—¿Y entonces... qué te han dicho?

—Me han ofrecido un trabajo desde hace meses, quieren que maneje la gama de nuevos talentos. Realmente lo había pospuesto por mucho tiempo, no tenía nada en Nueva York... O mejor dicho, no tenía a nadie en Nueva York... Nada que me convenciera a irme de aquí. Así que les dije que sí, que aceptaba el puesto. Y me dijeron que debía estar allá para el final de esta semana.

Lo miraba ansiosa, esperando que contara el desenlace de su decisión.

—Tampoco quería dejar a Lorena... Ella me ha enseñado tantas cosas... Pero ya hablé con ella. Es por eso que Juan regresó tan pronto. Es un gilipollas, pero es realmente talentoso, aunque quiera acostarse con la mitad de sus modelos...

—¿O sea que... te vas a mudar a Nueva York y vas a firmar con Tundra?

—Si... pero te faltó la mejor parte...

Estábamos tan cerca, tan juntos, esto era todo lo que estaba esperando.

—Voy a vivir con una chica increíble que conocí... Está bastante loca, pero la quiero como no tienes una idea.

Una sonrisa iluminó mi rostro. Vivir juntos, en Nueva York, mi ciudad, donde estaban mis amigos, donde estaba mi trabajo, ahora con Iván, todo era perfecto. También iba a poder seguir trabajando con Lorena y la agencia, no tenía que renunciar a nada, lo único que tuve que dejar atrás fue mi miedo a arriesgarme y que me rompieran el corazón, porque eso era lo peor que podía pasar.

Y si eso pasaba pues siempre había una primera vez, me levantaría y volvería a comenzar, aprendería de mis errores y si, sufriría mucho, me sentiría devastada, con ganas de no volver hacerlo nunca más, pero me daría la oportunidad de nuevo, porque ahora que lo había hecho me gustaba como se sentía, me gustaba como mi forma de ver las cosas había cambiado y no por alguien, no por depender de una persona o cambiar toda mi personalidad por él, sino haber cambiado mi visión de la vida de pareja y por fin haberme atrevido a dejarme llevar sin importarme las consecuencias.

Esa noche Iván y yo dormimos juntos, no tuvimos sexo, solo nos abrazamos y esperamos dormidos a la mañana siguiente. Al despertar ya Iván se había ido, tenía que despertarse muy temprano para terminar de arreglar sus cosas. Dejó una nota en la mesita de noche.

Si así es como dormiremos todas las noches tendré serios problemas para despertarme.

Nos vemos más tarde.

Te quiero.

Tomé la nota entre mis manos y sonreí como estúpida, no podía borrar la enorme sonrisa de mi rostro. Era sábado y aunque la mayoría de la gente tendría su día libre, yo igual debía trabajar.

El modelaje nunca duerme. Me desperté y bajé al gimnasio para el respectivo entrenamiento, luego fui a desayunar y luego a bañarme, la misma rutina de todos los días, pero ahora se sentía diferente, la energía con que hacía las cosas era mucho mayor, era más alegre, como cuando quieres hacer las cosas bien solo

porque sí, solo porque estás feliz con la vida. Ese día llamé a mi madre, como siempre, pero ahora la conversación la sorprendió.

—He conocido a alguien.

—¿Alguien... es un chico o chica? Cariño ya estos días uno nunca sabe, he leído en una revista que...

—Es un chico mamá.

—Madre santa, gracias a Dios. No estoy en contra de nada preciosa pero me siento muy aliviada. Ya empezaba a creer que tenías otros gustos.

—Vamos... vamos a vivir juntos.

—¡Vivir juntos... madre mía! Ha de ser un joven espectacular si estáis dispuesta a vivir con él. Tú no aguantas vivir contigo misma.

—Pues bueno... Ya veremos cómo va. Te quiero ma, ven a visitar pronto, ¿vale?

—Y yo a ti cariño, vale pero envíame el boleto, ahora que eres una modelo internacional no puedes escatimar gastos con tu vieja y desolada madre.

Entre risas nos despedimos y me di cuenta de la hora, ya debía apurarme, es probable que Pedro estuviese esperando por mí. Hoy era el gran día, finalmente firmaría mi contrato y regresaría a Nueva York, pero ahora siendo una modelo internacional y... teniendo novio. Cuántas cosas habían cambiado, Ibiza era una isla peligrosa. Bajé al lobby y Pedro me aguardaba, lo saludé con emoción.

—Pues alguien se ha despertado con el pie correcto hoy más que nunca.

—Pedro, hoy es un día especial.

—Todos los días son especiales si se pasan con la persona correcta señorita.

No había duda alguna, las palabras de Pedro eran más que acertadas y ahora yo podía confirmarlo. En el trayecto conversamos un poco sobre mi estadía y su familia, sus planes, los míos, iba a extrañarlo mucho, ya me había acostumbrado a su carisma diario y su manera positiva de ver las cosas, me llevaba muchas cosas buenas de Pedro, sobre todo su visión tan hermosa de la vida y las personas, a pesar de haber pasado por tantos momentos grises en su vida nunca negó una sonrisa a nadie, nunca dejó de ser gentil y respetuoso, nunca dejó de ser un buen ser humano.

—He escuchado la triste noticia de que el señor Iván ya no estará más con nosotros.

Esperé en silencio. Pedro me miraba de reojo por el retrovisor.

—También escuché que se mudará a Nueva York.

Intentaba esconder mi sonrisa delatadora. No quería sonar sospechosa.

—Qué... qué bueno, es una excelente noticia. Le enviaré mi dirección para que pase a visitarme.

Pedro soltó una carcajada.

No se preocupe, estoy seguro que ya la tiene señorita.

Lo miré y sonreí amablemente.

—Gracias Pedro. Por todo, de verdad. Siempre supiste y nunca le contaste nada a nadie.

—Yo no me meto donde no me llaman señorita, eso es algo que he aprendido bastante bien... Además, he visto como ustedes dos han cambiado... son más felices ahora que se tienen el uno al otro. Y eso es algo que no puede, que no merece ser dañado.

Llegamos a la agencia y antes de bajarme di un suave beso en la mejilla de Pedro, lo miré con cariño.

—Adelante señorita, ahora a lograr lo que tanto ha buscado. La esperaré aquí para llevarla al aeropuerto.

—Gracias.

Entré a la agencia y subí a la oficina de Lorena, todo se veía muy diferente ahora, extrañaría la agencia, venir todos los días, prepararme para las exhaustivas sesiones de foto, pruebas, campañas y demás, lo extrañaría lo suficiente para siempre querer volver.

Sobre todo porque ahora no tendría que preocuparme porque alguien supiera sobre lo de Iván y yo. Subí y en la oficina me esperaba Lorena, sobre la mesa estaba un grupo de hojas amontonadas en perfecto orden, al lado un bolígrafo y ella sentada al frente. Entré y la saludé con emoción.

—Hoy es el gran día Carmela. Bienvenida.

Mi relación con Lorena era de gran admiración, su trabajo era impecable y lo que más quisiera era ser igual de reconocida y profesional tal como ella lo era, me sentía privilegiada de solo estar a su cercanía.

Obviamente diría que sí, firmaría ese contrato sin duda alguna, porque era mi gran sueño y ahora no había nada que se opusiera en mi camino para lograrlo. Me senté y sentí la presión, lo que había buscado toda mi vida estaba ahora enfrente a mí.

—A ver Carmela, este es tu contrato con nosotros. Los mismos detalles que te expliqué anteriormente. La única modificación sería que ahora tu agente sería Juan, ya que Iván no trabajará más con nosotros, ha conseguido un contrato con Tundra en Nueva York. Supongo que ya él te lo había comentado.

—Sí... Bueno, dijo algo al respecto.

—¿Tienes algún problema con esto?

—No, para nada. Me alegro mucho de que haya conseguido ese contrato.

—En realidad yo también, Iván ha tenido un año duro pero es un increíble trabajador, me ha traído resultados asombrosos a la agencia, jamás podría retraerlo.

—Sí... es admirable.

—Pero bueno, ya basta de Iván, ahora tú eres la protagonista. Dime, ¿te quedas con nosotros?

Tomé el bolígrafo con rapidez.

—¿Dónde debo firmar?

Lorena sonrió y me abrazó con entusiasmo.

—¡Estupendo! Qué alegría, bienvenida, bienvenida a bordo, espero que seamos el trampolín que necesitas para triunfar en el mercado europeo. Estoy segura que no vas a decepcionarnos.

Y ahora estaba hecho, oficialmente tenía mi contrato europeo, el primero de muchos, aquel que me ubicaría justo donde yo quería estar. Firmamos y me despedí de Lorena, ahora tendría que viajar mensualmente a Ibiza y otros países de Europa, dependiendo de cada trabajo, pero ya podía regresar a Nueva York. Pedro me aguardaba y volví al hotel a buscar mis cosas.

Antes de irme me senté en el borde de la cama y miré la copia del contrato que tenía en mis manos, unas lágrimas de alegría rodaron por mi rostro. No podía creer lo que había logrado, me sentía tan orgullosa de mi y de mi trabajo, de lo que ahora había alcanzado y todo gracias a mi esfuerzo y dedicación, todos esos días de entrenamiento, las dietas, las difíciles estadías y los horarios complicados, todos los sacrificios hoy habían valido la pena.

Salí al balcón de la habitación y contemplé la que ahora sería mi isla favorita, porque no solo había materializado mis sueños, sino también había encontrado el amor. Intenté llamar a Iván para avisarle que ya estaba por salir pero no contestó, asumí que estaba ocupado, lo cual no era sorprendente. Empaqué mis cosas y bajé al lobby.

Las puertas del elevador se abrieron y ya Pedro me esperaba para ayudarme con mis cosas, caminamos hasta el auto y echamos a andar. Durante el trayecto observaba el lugar y las hermosas playas, también admiraba el cambio en la persona que era cuando llegué y la que hoy se estaba marchando, me sentí aliviada y emocionada al mismo tiempo. Llegamos al aeropuerto, Pedro me ayudó

con mis cosas y llegué hasta el *counter* de la aerolínea.

—Bueno Pedro, aquí me quedo yo.

—Buen viaje señorita, estaré aquí esperándola para cuando regrese.

—Muchas gracias Pedro.

Le di un beso en la mejilla y lo abracé con cariño. Recordé que debía entregarle algo.

—Pedro, aguarda.

Saqué un sobre de mi cartera. Era un cheque que había hecho antes de salir del hotel, una pequeña ayuda para él y su familia.

—Esto es para ti. Y antes de que pienses en devolvérmelo te digo que no lo aceptaré y me voltearé antes de que puedas decir algo.

Lo abracé de nuevo y eché a andar. Pedro se detuvo anonadado, emocionado por su regalo. Hice el chequeo de seguridad y entré a la zona de embarque. Me senté a esperar que llamaran para entrar al avión. Saqué mi teléfono y aprovechando el tiempo libre llamé de nuevo a Iván, pero tampoco tuve éxito. Decidí que mejor podía enviarle un mensaje de texto y luego lo leería.

Hola guapo, estoy en el aeropuerto, ya por salir. Quería despedirme pero olvidaba el hombre tan ocupado que eres. Llámame cuando puedas hacerlo. Ya te extraño. Te quiero.

Me sorprendí cuando la respuesta fue casi inmediata.

No me gustan las despedidas por teléfono.

Por qué me respondía tan rápido los mensajes y no podía contestar mis llamadas... era un poco extraño. También decía que no le gustaban las despedidas pero no estaba disponible para despedirse, lo cual también era contradictorio. Otro mensaje llegó.

Siempre me ha gustado cómo te ves en los aeropuertos.

Leí el mensaje y los nervios me invadieron. Estaba aquí, estaba cerca de mí y estaba viéndome, miré a los lados intentando buscar su rostro, miraba y miraba con desespero hasta que por fin lo vi, había estado sentado frente a mí todo el tiempo y no lo noté, no lo vi, quizás porque ya no estaba mirando, quizás porque ya no buscaba a nadie, porque ya sabía que lo tenía a él.

Solté el teléfono y me acerqué a donde estaba, lo miré y negué con la cabeza, él sonrió, me acerqué y unimos nuestros labios en un cálido beso, aquel beso que tanto esperábamos. Nuestra nueva vida juntos acababa de iniciar y ahora, él se iría conmigo, a Nueva York, donde viviríamos juntos sin importarnos el qué

dirán, sin importarnos nuestros miedos, sin importarnos, tal y como el primer día, que estuviésemos en un aeropuerto.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— Comedia Erótica y Humor —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

— Romance Oscuro y Erótica —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos

hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estubo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.